LEYENDAS ECUATORIANAS – VARIOS AUTORES

LEYENDAS DE LA SIERRA

EL HOMBRE Y EL DIABLO

Alfredo y Piedad Costales Samaniego

El hombre y el diablo pueden ser los mejores amigos. Sucede muchas veces, sobre todo, si el diablo tiene insospechadas generosidades con su amigo. En el fondo, esta no es una amistad corriente. El mortal, inconforme con su suerte, persigue bienes inalcanzables, fortunas cuantiosas, casas elegantes, joyas, animales. A su vez, el espíritu arrancado del averno oculta sus verdaderas pretensiones, si logra “hacer” amistad con un campesino, aprovecha la sencillez del hombre y sus pensamientos de grandeza; lo asfixia, lo llena de presentes. Un ben día le invita y entonces…

Dejemos contárnoslo a la leyenda:

César Bedón no tenía otras pertenencias que una choza esquelética, una quincha fabricada con ramas de lechero y, en ella, una vaca, un asno y un perro en agonías. Vestía tan a lo pobre que mejor habría sido parcharle las carnes donde fuero necesario.

A él, como persona, nadie lo veía con el debido aprecio. El hombre desposeído vale menos que un muerto. Ni se lo piensa ni se lo extraña. Sus familiares no tenían preocupación alguna por tan insignificante persona.

El diablo conocía el alma vacilante de este pobre. De su propia paila de fuego y azufre dejó libre una mujer. Esta vino a la tierra provista de bellezas, de fingida mansedumbre y otras cualidades que cautivaron a César Bedón.

Fue un amor a primera vista. La joven, graciosa y bonita, convino en habitar la choza esquelética, cuidar de la quincha de lecheros. Todo continuó hundido en la triste situación para coloquios con el diablo.

Primero fueron cartas contando ella cuán grande era el amor de su esposo. Ya el alma del mortal era su propiedad exclusiva. Lo demás vendría por añadidura. El diablo respondió las secretas misivas, solicitando prudencia, mucho silencio y cautela. No había como sacar las uñas de inmediato. Meses después, el telégrafo de Satanás llevaba y traía mensajes.

Ella: “Señor diablo, ya es hora de ayudar a mi marido. Yo tuve lujos, comodidades, placeres en su compañía. Prefiero la muerte a esta vida junto a César Bedón”.

El diablo a ella: “Tu apresuramiento puede perdernos. Para qué, entonces, fuiste formada en mi propia paila de azufre, sino para obrar con enorme paciencia. No se conquistó nuestro delicado sitio, en la eternidad, sino con los actos”.

Entre ir y venir de mensaje, murió el perro. Poco después murió el asno. Ya no tendrían sino un vaso de leche al día. La mujer de César Bedón puso un ultimátum al diablo: “O viene, o me voy. No hay condenado con faldas que deje la paila por este cuchitril”. El diablo respondió: “Voy. Cuando me necesites mira la botella situada junto a tu cama. Pide lo que quieras. Obra prudentemente…”.

Desde entonces, los vecinos se sorprendieron de la rica presencia de la casa: paredes de adobe y madera, pintadas de blanco; ventanas protegidas de vidrio, cubierta flamante de

zinc. Relucía al sol, como el plumón de las palomas. En las noches, el viento en el zinc decía palabras, palabras que no permitían dormir a los vecinos.

Esto solo fue el principio. La quincha desapareció de espaldas de la casita blanca. Caminó hacia remotos confines, hasta donde llegaban las siembras, los huertos frutales, las tierras de pasto de César Bedón.

Quien tuviera pactos secretos con el diablo para saber cómo se las arreglaba el más pobre entre los pobres para llegar a ser el primer propietario de la zona. Lo cierto es que César Bedón, hoy envidiado por todos, tampoco sabía cómo ni cuándo. Al meditar en la rara belleza de su joven consorte, nació la duda. Todo le parecía una amarga pesadilla. Mejor sabían las tortillas de maíz con cebolla y achiote al diario banquete. Algo como azufre le quedaba en la boca. Mejor sabía un pilche de leche de la vaquita negra y flaca a la crema batida con fresas y luego le vino de aquella extraña mujer, entre humilde y coqueta.

Optó por espiarla. El diablo sorprende a los hombres. Pero también hay hombres que sorprenden a él, y allí ardió Troya.

Días, meses al acecho. Nada en absoluto… Su deliciosa mujer en los afanes del hogar. Todo creciendo como por arte de magia. Cementeras sin gusano, sin heladas. El agua de las acequias fluyendo sin interrupción. Las aves aumentando de un modo incontrolable.

Los vecinos, a la puerta de sus casas, boquiabiertos, admirados. Y el pobre rico, insatisfecho, envenenado por las dudas, sacudido de temores. En la atmósfera, algo como una carcajada del diablo hería y estallaba.

¡Pobre rico! Pensar que fueron vanidosos sus dueños. Un día, retorno sin dar tiempo a su mujer a ocultar al diablo en la botella. Cuando el hombre del cuento entró en silencio, ella decía frases inteligibles y sacaba de una botella un monstruoso ser, envuelto en llamas el cuerpo, mitad hombre, mitad bestia: dos enormes cachos le nacían de la frente. Tenía ojos feroces y una cola lanuda. Al ser sorprendidos por el hombre, el diablo ordenó: “Huye mujer, vuelve a tu paila”. El campesino enmudeció de asombro. Había al fin comprendido las desconocidas razones de su repentina riqueza. La mujer desapareció entre una nube negra y un nauseabundo olor a azufre, a cuerpos putrefactos, a montañas de almas conquistadas por el diablo.

Satanás rió; rió muchas veces sacudiendo de espanto el alma del campesino.

--- Yo conocía los vanidosos proyectos de tu corazón. Solo el infierno satisface a los inconformes, a los pobres que enferman de envidia.

César Bedón continuaba estupefacto, sin palabra. Continuó el diablo:

--- Si aceptaste mis primeras dádivas, aceptarás las demás; tu alma, en cierto modo, ya me pertenece. Acto continuo ordenó seguirle “a un lugar sólido”, hoy llamado San Antonio.

--- Todo lo que tuviste volverás a poseer, muchos más si lo quieras. Solo necesitas tener el ánimo fuerte, soportar la prueba. Buena pinta para compañero de paila es la tuya; vacilas, envidias, haces amistad con quien no debes…

Dieron doce campanadas en la noche. Se abrieron oquedades de fuegos en la sombra y surgió una enorme mula, cuyos cascos sacudían la tierra. Diablo y hombre montaron la mula saliendo en veloz carrera, hacia lo desconocido. Llegaron a remoto lugar, funesto, tétrico, donde las sombras gemían de miedo. Restos humanos ardían, en azules fuegos fatuos. El olor era insoportable. Millares de enormes moscas iban de los restos putrefactos hacia los jinetes. Sus alas oscurecían más la noche. Los cadáveres hablaron:

--- Aun cuando no te agradecemos, César Bedón, si aguantas, serás nuestro. Y todo lo tendrás. Tienes pinta para compartir la paila.

El hombre, por ambicioso que fuera, no soportó el espectáculo y, resbalando lentamente de la mula, huyó. “Uy…”. “Ay…”, pensando en su pobre casita de bahareque en Santa Rita.

Su primitiva amistad con el diablo fue fatal por toda una vida. Nunca supo volver a su choza esquelética, a la que se arrimaba sufrida la quincha de lecheros. Su erranza era solo el grito del remordimiento y la angustia. Quien estuvo con el diablo huele a azufre. Quien poseyó riquezas, manjares y mujer bonita no vuelve conforme a ser un don nadie.

El maléfico poder de aquella amistad le llevó un día a Aguaján. Largo rato permaneció contemplando el río. El agua parecía subir hasta su garganta, atrayéndole hacia el fondo. Al fin, fuera de sí, dio cuatro vueltas en el aire y cayó pesadamente al río.

La familia, en días de búsqueda, dio con su cuerpo, casi descompuesto, a la orilla del río. Cuando llegaron para recogerle, el cadáver al parecer rio fiero, fiero y mismo dicen que al parecer suspira eternamente.

¿La razón?... Muy sencilla, hay peligro en que el hombre y el diablo sean los mejores amigos. Peligro en una mujer bonita, sobre todo si prepara manjares, habiendo en la quincha apenas una vaca, un asno y un perro en agonías; en sacudir el alma con la envidia y esperar de la gente mayores pleitesías de las mercedes, y en tener una botella junto a la cama. A lo mejor en ella entra el diablo y, al primer canto del gallo, somos millonarios sin saber cómo ni cuándo.

EL CANDELERO

Luis Napoleón Dillon

Quien ha tenido en su casa una de esas viejecitas de cabeza blanca como copo de nieve y de rostro surcado de profundas arrugas adivinará cómo ha venido hasta mí la vulgar leyenda del candelero, acaecida en esta noble ciudad, san Francisco de Quito.

Me cupo en suerte, allá en mi infancia, tener a mi lado una de estas crónicas andantes que, con sus cuentos y leyendas, suelen endulzarle a uno los ratos de mal humor. De boca de ella recogí la tradición objeto de este articulillo. La escuché en una noche de invierno, mientras caían torrentes de agua en el patio de mi casa y el viento azotaba con furia las vidrieras, circunstancias que contribuyeron de consumo a aumentar lo medroso de la leyenda y a imprimirla de un modo indeleble en mi delicado espíritu de niño. Hoy que la traslado al papel, no garantizo su verdad. Vayan, lo que quisieren hacerme cargos, al panteón de San Diego; allí reposa doña Marta, la cual, pundonorosa como era, todavía a pesar del epitafio, sabrá volver por su reputación de mujer verídica, pues yo no hago otra cosa que, sin comentarios, escribir lo que ella me contara.

Es el caso, me decía la señora que, allá por los años de no sé qué tantos, se hallaba agolpado, muy por la mañana, un gran concurso de gente delante de la iglesia de San Francisco de esta heroica y pacífica ciudad, y varias personas parecían examinar cierta parte de la puerta con minuciosa y viva atención. “Los demonios”. “El enemigo malo”. “¡Qué extraño!”. “¡Que singular!” exclamaban las viejas despavoridas y todas se ponían al

abrigo de un per signum crucis de padre y señor nuestro. Semejantes palabras y acciones excitaron mi curiosidad; me acerqué, y ví, a manera de bajo relieve, esculpida en la superficie de la puerta, la figura de un candelero gigantesco: la imagen era verdaderamente maravillosa, pero mostraba haber sido producida por algún choque violento.

Por fin resonó en los arcos del templo el ¡pitac! ¡pitac! De las alpargatas destalonadas y barbudas del sacristán, que pausadamente se encaminaba hacia nosotros; él vendría a ponernos en paz, aclarando nuestras dudas y para el efecto era suficiente interrogarle como lo hacen las mujeres: minuciosa y tenazmente. Dicho y hecho: llegando que no llegado, le destacamos tal retahíla de preguntas, que el pobre, para no perder la serenidad de espíritu, hubo de apelar al rosario mientras pasara el chubasco.

Todavía me parece que lo veo a D. Telésforo ---¿así se llamaba el sacristán?---. Era hombre de baja de estatura, regordete y de carrillos tan soplados que amenazaban estallar en la primera de espadas, arrastrando en el descalabro al corto número de barbas que yacían diseminadas por su encendido rostro. Sus ojuelos encandilados y silbones andaban en perpetua riña, mientras el uno miraba a la tierra, se empeñada el otro en contemplar el cielo. El chaquetín de paño decía clarito que en sus mocedades había sido frac; pues, para volver a serlo, solo le faltaban los faldones. A consecuencia de este descabalamiento, atenrado inicuo de las tierras de D. Telésforo, su rabadilla se mantenía a la rasa, y los cuatro vientos jugaban a su antojo con el fundillo que caía desencajado de su lugar. Los calzones que cargaba este sujeto eran con rodilleras y un muestrario ambulante de casimires. En el otro cabo de la figura ya sabemos que traía alpargatas no muy católicas, las cuales dejaban que algunos dedos se asomaran, de cuando en cuando, a tomar airees más puros que los de su cárcel. Allá, por las alturas de la barba, parecían las puntas desmayadas y lánguidas del cuello de la camisa, dejando a la intemperie una manzana, pero ¡que manzanota aquella! Que se la distinguía a tiro de ballesta en el pescuezo de nuestro personaje. Además, unos cuantos cordones mugrientos a manera de collares de los que pendían escapularios y medallas de la Purísima y San Juan Bautista.

--- ¿Y qué, D. Telésforo? Díganos usted qué significa esta imagen que ha amanecido hoy impresa en la puerta. Díganos, por Dios, que mucho se comenta ---prorrumpimos todos lo que nos hallábamos amotinados delante de la iglesia al llegar el sacristán.

--- ¡Pues nada! ¿Qué va a ser?

--- ¿Ya lo oyen?... ¿No lo dije yo?... Jesús, María y José, la Virgen santísima nos ampare!

--- ¡Bah! ¡Bah, qué mujeres! ---dijo D. Telésforo, al ver los aspaventos de las beatas---. Cálmense ustedes y déjenme acabar: quiero decirles que el demonio de D. Pedro nos hizo una humorada muy divertida; sí, tan divertida que, aún después de que esta humanidad se haga polvo y ceniza, todavía se me han de poner los pelos de punta; no de miedo, por supuesto, sino por la broma, que no es mala. ¡Ya la van ustedes a oír!

Y después de murmullos en el auditorio, nuestro orador se cuadró en el dintel de la puerta y, estirando el pescuezo para tragar saliva, comenzó a hablar excátedra:

--- Ingratitudo pésima: la ingratitud aborrece Dios como ningún otro pecado. Los quiteños son muy ingratos con el Sagrado Corazón, nuestro abogado y defensor, y esta es la causa por la que Él se nos ha resentido ---saltaron dos lagrimones de los ojos de D. Telésforo---, retirándonos su benefactora protección, nos castiga hoy durante con la peste que anda desolando la ciudad, como ustedes muy bien lo saben.

>¡Miserere Domine pecatis nostris! (¡Señor, ten piedad de nuestros pecados!)

>Los pobres estudiantes del San Fernando han llevado en esta ocasión la peor parte, no obstante las lisas, trisagios y comuniones a que devotamente se han entregado; pues casi

no hay día que no tengamos uno de ellos a quien cantarle el de profundis: y les juro como buen cristiano que soy, y con esta boca que se ha de hacer tierra, que se me cuaja la sangre en las venas, cuando está aquí alguno de estos señores, y tengo que venir, muy por la madrugada, a abrir las puertas de esta santa iglesia.

>Pues bien, anoche ocurrió lo de siempre, es decir, tuvimos muerto en casa, y este era estudiante por añadidura, y, según se estila en el colegio, dos alumnos debían pasar la noche, que de veras es mala, custodiando el féretro y atizando los cirios. La suerte quiso designar para esta enojosa tarea a dos tipos diariamente opuestos: Pedro Cedeño, uno de los elegidos, un mozalbete truhan y desalmado; a él poco le importan las cosas del otro mundo; en nada cree y siempre tiene, aún paro lo que ella al corazón más corrompido, risa sarcástica en sus labios, aquello que tiene esa seriedad tan imponente por hallarse envuelto en el misterioso ropaje de lo eterno es para él objeto de las más agresivas burlas. No así Juan Álvarez, muchacho devotito, fervoroso y recatado, respeta todo lo respetable, adora todo lo adorable.

>Las siete de la noche serían cuando las puertas de la iglesia impelidas por mi mano giraban pesadamente sobre sus goznes. Pedro y Juan tomaron asiento en el confesionario para vigilar cómodamente el túmulo y precaverse del frío que era intensísimo. Les encargué que se encomendaran a las ánimas benditas, no sin exponerme a la burla de Cedeño, y desaparecí en seguida en busca de mi lecho. De lo demás, no soy testigo presencial, pero vengo de oírlo de boca del mismo Pedro, y por San Millán el Cogolludo que yo no sé mentir: primero me pondría como San Ramón, candado en la boca, antes de que por estos labios salga una falsedad.

>Es lo cierto que a eso de las doce de la noche, uno de los amigos le decía al otro:

>--- ¡Qué flojo eres hombre! ¡Te vas a morir de miedo, mariquita! Ve a la fonda de la esquina y tráeme algo que engullir. No te olvides que primero necesito remojar la garganta para no atragantarme; echaremos un trago a la salud de los condenados y otros se los ofreceremos al difunto, que, estoy seguro, lo ha de aceptar de muy buena gana, pues el gaznate no le debe andar muy fresco. ¡Deja nomás, que esta noche vamos a armar parranda con las almas del Purgatorio!

>--- ¡Calla, por Dios, deslenguado, yo no voy!... ---respondió Juan a las blasfemas palabras de Cedeño, dando diente con diente al considerar que tenía que habérselas solo hasta llegar a la fonda. Mas, con furibunda interjección y soberano así a cumplir sus órdenes.

>Tan luego como Juan Hubo salido del templo, Pedro se dirigió a las andas con ánimo resuelto, y, tomando en brazos al cadáver, lo colocó en el confesionario en actitud muy natural. Pocos momentos después, el profanador ocupaba el ataúd, mientras decía para su capote: “¡Buena jugarreta! ¡Valiente susto se va a llevar el muy mariquita al darse de narices con el difunto! ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo nos vamos a reír mañana en el colegio!

>Después de un instante, se oyó un rumor sordo producido por telas que se arrastraban; pasos mesurados cuyo eco iba a perderse en las oscuras bóvedas del templo; respiraciones profundas, quejidos prolongados, fúnebres suspiros que parecían salir del fondo de una tumba.

>La serenidad de pedro iba flaqueando: preciso era desvanecer las neblinas que empezaban a bullir delante de sus ojos y para lograrlo se decía: “Es sin duda Juan que, de vuelta de la fonda, trata de probar una vez más mi indisputable valor fingiendo esos suspiros y las otras bobadas; sí, pero ¡qué caro le va a costar el chiste! ¡Vamos a ver cuál de los dos es el que lleva el chasco!”. Mas, los pasos se acercaban; aire fétido era el portador de esos lúgubres ruidos y aún cierto fulgor siniestro parecía iluminar a intervalos las tinieblas que envolvían el templo. Pedro no pudo ya sobreponerse: las sienes le latían con violencia tal que amenazaban hacer saltar las tapas del cráneo; la respiración era difícil

y los cabellos estaban erizados, cuando haciéndose esfuerzo sobrenatural levantó la cabeza y, con los ojos desmesuradamente abiertos, contempló un cuadro horrible: el cadáver que había recobrado la vitalidad para volver a sus fueros indignamente ultrajados avanzaba con paso majestuoso y solemne hacía él, para pedirle cuenta de la profanación. Cada dos pasos se detenía con ademán espantoso. El hábito de San Francisco que le servía de mortaja se rozaba con lentitud por el suelo, produciendo un ruido aterrador. Por entre el capuz, que caía sobre sus pómulos huesosos y macilentos, se dibujaba su mirada cristalina, indecisa y torva. Los labios rígidos y blancos, ligeramente entreabiertos, dejaban asomar dos hileras de dientes empañados por el vaho de la muerte y daban a la faz del difunto aspecto por demás medroso y siniestro. La luz pálida y mortecina de los pizmentos cabos de los blandones, que chisporroteaban con tristeza, al ir a dar sobre el sayal del difunto, producía resplandores lívidos y temblorosos que se destacaban perfectamente sobre la densa lobreguez de la nave.

>La vez que en su camino se detenía el muerto lanzaba un gemido desgarrador, pero entrecortado y apenas perceptible; la cabeza se doblaba sobre su peso, produciendo, al chocar con la mortaja, un sonido cavernoso, que los recodos del templo se encargaban de reproducir mil veces.

>Aquello era horrible, espantoso, y Pedro, por tanto, más muerto que vivo, vaciló, tembló; quiso gritar, pero una mano de hierro le estrechaba con saña la garganta; sudor meloso corría a raudales por su frente, el cerebro estaba conturbado, los músculos habían perdido su potencia motriz, y así, más bien rodó que saltó sobre el pavimento. Aunque el mozo perdiera su valor, todavía le quedaron fuerzas para levantarse y correr despavorido en dirección a la puerta principal. Poco antes de llegar a ella volvió la cabeza, y su estupor llegó al colmo al ver que el cadáver había empuñado uno de los cuatro enormes candeleros que se hallaban colocados en los ángulos del catafalco, y, enarbolándolo, le seguía a más no poder. Los muros de la iglesia vacilaron para él; el fantasma que le perseguía se volvió inmenso, inconmensurable; en sus ojos brillaban centellas prendidas con el fuego del infierno, y allí en su mano relampagueaba el candelero vengador: candelero elaborado por la furia satánica y para maldición de la humanidad. Un ruido seco vino después: era que Pedro se desplomó y rodó por tierra. Al mismo tiempo un estrépito inmenso, en seguida silencio pavoroso: el candelero había sido arrojado con violencia del rayo al desprenderse de la nube, y ahí está impreso en la puerta para eterna memoria de hecho tan singular; como sello de un juramento de venganza terrible, como testimonio irrecusable de un castigo impuesto a la profanación y fulminado desde ultratumba.

>A los cinco minutos, aquello era una algarabía: los padres, casi trastornados, buscaban sus libros de oraciones, se colgaban al cuello sendos escapularios y medallas, y, armados de crucifijos, descendían a la iglesia formados en columna. Yo llevaba la vanguardia asido de mi acetre. El puesto no dejaba de ser peligroso, pero en desempeño de mi cargo hube de ocuparlo haciéndome de tripas corazón. Los salmos penitenciales de David y los exorcismos fueron nuestro refugium. ¡Qué de rezos, qué de cantos hasta llegar a la iglesia! Yo, siempre atento y comedido, quise cederle el paso al padre prior:

>--- Pase vuestra paternidad primero.

>--- Sigue nomás, hijo, que yo he de ir después.

>--- No, mi padre, siga vuestra reverencia.

>Y en este diálogo nos amaneciera ---porque no sé cual de los dos tenía más miedo--- si el padre, tomándome por el brazo, no me hubiera puesto de un solo tranco en media iglesia. Allí vinieron los exorcismos y asperges por mayor: pero nada, el muerto estaba bien muerto, tendido sobre el anda no daba muestras de haber hecho ninguna excursión; mas Pedro estaba tendido junto a la puerta ---para comprobar que no es cuento la historia que

os vengo contando--- exánime, tenía la boca espumajosa, los ojos enturbiados, las manos crispadas y los cabellos en completo desorden; la huella que había dejado el candelero en la puerta, me decía, además, que los muertos no deben ser objeto de burlas.

Así terminó el sacristán su narración a las viejas que lo escuchaban como necias. Yo, por mi parte, y en vía de moraleja, aconsejaré a los que se tomen la molestia de leer esta tradición que no se anden en broma con los del otro barrio, porque se exponen a un candelerazo.

LA TRADICIÓN DE SAN FRANCISCO (LEYENDA DE CANTUÑA)

Luis Aníbal Sánchez M.

A don Ricardo Palma

Hay en mi vieja y original de San Francisco de Quito, la capital de shyri, cuidad sui generis perdida en la concha blanca de su topografía, una iglesia pétrea, antigua, de estilo primoroso, y que levanta muy en alto el consuelo de sus torrecillas en forma piramidal. El gusto arquitectónico que informa su fachada es, al decir de los entendidos, eclético.

Nosotros, profanos, solo opinaremos que aquel templo colonial, levantando a impulsos de la fe, es un prodigio de arte; con su severidad y su aire de misterio. Sobre el entablamiento grandioso, se yerguen estatuas seculares de santos, grises y soberbias. Al frente del templo, está el prodigio del atrio, y luego la plaza, extensa y desmantelada.

Hay una tradición popular y nebulosa de cómo se construyó el mencionado atrio…

Elevado como tres metros del nivel de la plaza, de piedra maravillosamente acomodada, es una joya y un encanto. Anchísimo (de unos 15 metros de latitud por 80 de longitud) y amplio, está limitado por “repecho sólido y elegante”, tallado con admirable ingenio. Enormes esferas de piedras se destacan sobre el atrio, airosas, y tres series de gradas conducen a la parte superior de él. Las dos laterales miden como veinte o más metros de largo, la una; y dos, la opuesta. Al centro se destaca una magnífica media naranja, prodigiosa y elegante. Al centro se distingue, como visión señorial y austera de los tiempos feudales, la fachada sobria de la iglesia. La obra es casi sobrehumana; de ahí que la fantasía popular haya dispuesto alrededor de la edificación de ese milagro de arquitectura una leyenda bella y rara, que bien se acomoda al espíritu fantaseador de los quiteños.

Lentos corrían los tiempos monótonos del coloniaje. Un indiano, llamado Cantuña, impulsando quizá por la sed de oro o con el ansia de grandeza, acometió la singular locura

de firmar solemne compromiso para construir el atrio grandioso. Expiraba ya el plazo; y la obra estaba a la mitad. Con el esfuerzo humano era imposible acabar la fábrica en el tiempo sobrante aún. Loco de dolor, jadeante, consumido por la fiebre y por los temores, Cantuña se debatía en su estancia: faltaban dieciocho horas para vencerse el término.

Los sueños de dicha, de grandeza que alimentara el pobre indiano, se iban abajo ante la realidad terrible. Pronto debería estar sumido en las tinieblas de una cárcel, con el sarcasmo de la gente encima. El orgullo innato del indio lo devoraba.

Moría la tarde lujuriosa en un crepúsculo de fuego. Las campanas de las escasas iglesias llamaban con sonoridad a la oración de la tarde; flotaba un aroma campesino y puro. Desiertas iban quedando las callejas, tortuosa y sin empedrar. La poca gente se dirigía al templo o, presurosa, a encerrarse en el hogar.

Cantuña veía danzar en rededor de la estancia sumida en penumbra formas extrañas y diabólicas. Jadeante, ansioso, el mísero recorría a largos pasos la habitación. No le valían ni los rezos ni las súplicas al cielo. Creyó distinguir una voz misteriosa que le exhortaba a implorar remedio a Dios; y así lo hizo. Conforme iban saliendo de su boca las palabras de la oración, un bálsamo inefable de consuelo parecía descender sobre él. Acabada la plegaria, Cantuña se dirigió a San Francisco. Secreta esperanza le dijo que el señor ha atendido su ruego, mandando que la obra se concluyera. Por un ángulo de la plaza, envuelto en amplia capa, apareció Cantuña. Sus ojos creyeron vislumbrar obreros divinos que daban la última mano al atrio gigantesco. Palpitó su corazón de gozo; y la oración de gracia brotó, ferviente, de su pecho. Y vio luz, mucha luz... ¡Se había engañado!... la ira salió de su corazón y la blasfemia vibró por el espacio.

Pero ¿Qué era aquello? ¿Otra vez se engañaba?

De entre los hacinamientos de piedras salía un personaje misterioso, envuelto en manto rojo, su rostro estaba negro, sudoroso, sonrisa enigmática se dibujaba en la boca enorme.

Calzaba botas retorcidas y también rojas: poco a poco, el fantasma se acercaba al estupefacto indígena.

--- Cantuña ---le dijo---, sé cuál es tu dolor; sé que mañana serás desgraciado y maldito. Pero yo puedo consolarte en tu aflicción. Antes de que asome el alba, el atrio estará concluido; tú, en cambio, firmarás hoy ese contrato. Soy Luzbel y quiero tu alma. ¿Aceptas? Di.

El indio no vaciló:

--- Acepto. Pero si al rayar el alba, antes de que se extinga el sonido de la última campanada del avemaría, no está concluido el atrio, si falta una piedra que colocar, una sola, óyeme bien, el contrato será nulo.

--- Hecho. Firma el documento ---contestó el demonio.

Y poco después, azorado y maldito, volvía el triste Cantuña a su vivienda. Lágrimas abundantes corrían por el rostro bronceado del indiano. Ferviente imploró al cielo perdón por su culpa y remedio para su alma.

Y al siguiente día, cuando empezaba a romper el alba, Cantuña se dirigió presuroso a San Francisco.

La obra estaba al concluirse; millones de diablillos rojos cruzaban, como lenguas de fuego, por el espacio, atareados en la construcción del atrio, que majestuoso se alzaba. Y el alma, la pobre alma indígena, estaba ya perdida. Una oración, la última, llena de fe y de penitencia, salió de sus labios. Luzbel reía.

Pero el día asomaba. Un pálido color violeta empezó a cubrir el firmamento; tornaban a cantar los gallos: el sol se desperezaba ya tras del Ichimbía.

El indio, afligido, contemplaba el espectáculo. El atrio estaba al acabar de concluirse. Luzbel reía.

Lentas, graves y consoladoras sonaron las cuatro campanas, heraldos de la aurora.

--- ¡Victoria! ---rugió Luzbel.

--- ¡Victoria! ---exclamo el criollo---. ¡Falta una piedra!

En efecto: un bloque, uno solo, faltaba aún. El alma de Cantuña se había salvado…

Satanás, maldiciendo, se hundió en los infiernos con sus secuaces.

El alma del triste indiano estaba libre, y, como evocación prodigiosa, el atrio se alzaba, solemne, a las miradas de los creyentes quiteños.

EL PADRE ALMEIDA

José Gabriel Navarro

Religioso austero y muy entregado a la vida contemplativa era Fray Bartolomé Rubio. En 1597, fundó la recolección Franciscana en el valle del Iñaquito, muy cerca del lugar donde pereció el primer virrey del Perú, don Blasco Núñez de Vela, decapitado por un negro esclavo de Suárez de Carvajal en la tétrica noche de un lunes 18 de enero de 1546. A instancias del pueblo de Quito, del Cabildo y del obispo, trasladó dicha recolección, con el título de la Orden de los Descalzos de San Diego de Alcalá, al occidente de la ciudad, a unos terrenos que en las faldas mismas del Pichincha contorneaban la estancia Miradores, del rico vecino don Marcos de la Plaza, marido de doña Beatriz de Cepeda e Hinojosa, sobrina de Santa Teresa de Jesús, el cual los donó a aquel santo religioso para dicha fundación.

No podía ser mejor escogido el sitio. Apartado de la ciudad, aun ahora mismo cuando ya se han poblado sus alrededores, aquel lugar es el retiro de los monjes, el solitario nido que tal vez soñaron las mujeres de la Tebaida.

El convento es una inmensa ermita con su capilla, con los claustros cuadrados, muchas celdas, un precioso humilladero, una clásica fuente castellana, un jardín, un huerto y un gran bosque de eucaliptos que antes lo fue de cedros, capulíes y arrayanes. Los claustros del piso superior son angostos, bajos de techo e iluminados con una que otra ventana o algún tragaluz que, produciendo durante el día la indispensable claridad, impide la curiosidad de la mirada y concentra necesariamente el espíritu en el ambiente austero de santidad y recogimiento que rodea a este lugar. A un lado y otro de las antiguas celdas de los frailes, pequeños cuartos blanqueados con cal, en algunos de los cuales aún se encuentra el lecho de madera con tejido de cuero que, cubierto de miserable estera, les

servía para su descanso, ya de noche, ya en las horas de silencio. Algunas de esas celdas tienen una sola ventana alta en el techo con una puerta que funciona mediante un curioso sistema de cuerdas y poleas; otras tienen dos ventanas en una de las paredes, pero tan diminutas que apenas el espíritu puede salir por ellas.

Las puertas de entrada son de una sola hoja y sus marcos forrados de cuero para apagar el sonido si la puerta se cerrara alguna vez sin cuidado o precipitada o bruscamente. La iglesia, un relicario de arte y de recuerdos. Allí la vista recoge maravillada el artesonado de lazo morisco que cubre el presbiterio, las afiligranadas labores de su púlpito, los restos de la antigua riqueza de la capilla de Chiquinquirá, los artísticos retablos de madera dorada con sus magníficas estatuas, y se detiene, sin quererlo, ante la hermosa Virgen de las Angustias, el ídolo de los antiguos devotos de San Diego, entre lo que se cuentan los marqueses de Maenza, de Lises y de Solanda y los condes de Selva Florida.

Recorriendo el convento, la imaginación más fría se exalta y el espíritu más tranquilo y estoico es arrebatado hacia la Edad Media o revive las admirables páginas en que describe la vida de los monjes de Occidente el conde Montalembert. Dan pábulo a la imaginación, etc.

A pesar de que en la prolongada ausencia de los religiosos se ha destruido un tanto el convento, no deja de impresionar su ambiente lleno de recuerdos y también de leyendas. Por las iglesia, por los claustros, por las celdas cruza la silueta del célebre padre Almeida, cuya leyenda no puede ni podrá separarse jamás del convento sandiegano, a pesar de que gran parte de su vida la pasó aquel religioso en el Convento Máximo, en donde tuvo cargo tan honorífico como el de guardián y secretario de provincia.

Quién no conoce en Quito la leyenda de aquel fraile, en quien la tradición ha querido sintetizar una de las malas épocas de la religión franciscana en el Ecuador y pintando en su persona al fraile pícaro, jugador y tunante que solía pasar algunas noches de claro en claro y no pocos días de turbio en turbio aprovechando del relajamiento de la disciplina monástica de su convento.

Era don Manuel de Almeida, joven de 17 años cuando entró como novicio en el Convento Seráfico de Quito. Único hijo varón de don Tomás de Almeida y de doña Sebastiana Capilla, renuncio a todos sus bienes a favor de su madre y de sus hermanas Isabel, Gabriela y Catalina. Devoto debió ser el joven cuando abandonó una regular fortuna y los placeres de la edad los cambió por la disciplina monástica de su convento. No fue ningún pintado en la pared, lo demuestran los altos cargos que llegó a tener en la orden: definidor, guardián, maestro de novicios, predicador de precedencia, secretario de provincia y hasta visitador general.

Pero cuando ingresó en el convento, malos vientos corrían por los claustros: el demonio de la relajación se había cernido desde la portería hasta el altar mayor y la indisciplina cundido de una manera escandalosa. Era la época en que los frailes se hacían arrastras en coches y literas, jugaban a los naipes y tiraban escopeta para matar el tiempo, y el convento era mirado por alguno de ellos como una gran casa de posada que debía solo ocuparse a ratos y desocuparse cuando a bien se tuviera, sea por la puerta, sea por el tejado. Las veces que el hermano síndico tuvo que pagar las tejas rotas hasta por los frailes mozos. El joven religioso de nuestra leyenda no pudo, pues, permanecer por mucho tiempo libre del contagio.

Un buen día cedió a las tentaciones que le tendiera Satanás por uno de sus compañeros de claustro y acudió a comer por la Nochebuena unos ricos buñuelos en casa de cierta devota que se creía honrada con la presencia nocturna de los relajados hijos de San Francisco. Cuatro de estos frailes fueron lo que aquella noche saltaron las tapias, entonces bajas, del convento hacia las calles del Conde y, arrebujados en sus mantos, se dirigieron por Santa

Clara y la quebrada del Auqui hacia la Cruz de Piedra. Junto a la fuente del Sapo, se hallaba la casa cuya puerta cedió fácilmente al primer empuje del más confianzudo de ellos.

Cuando entraron a la sala, el silencio se hizo general, llamando la atención del novicio Almeida la actitud desairada en que se hallaba tendida por los suelos un arpa casera, al compás de cuyos sones habían ingresado a la casa.

No debió causarle impresión buena la frialdad del recibimiento, pero no pudo prolongarse el disgusto con que probaba la vida mundana del religioso porque bien pronto se desdobló un biombo de siete mil colores y saltaron a media sala hasta media docena de frailes dominicos.

“Ari chicu, chicu nuestro padre San Francisco” fue el saludo de ellos, dando brincos y palmadas delante de los seráficos.

“Gin, gun, el niño Jesús” fue la respuesta que, dicha en coro y seguida de carcajadas y bromas, hizo latir de gusto el corazón de fray Almeda.

Volvió el arpa a las manos del dominicano que la había soltado rápidamente para jugarles una broma a los hijos de San Francisco y, en medio de cantos y danzas, concluyeron los sabrosos buñuelos de aquella primera noche buena de fray Manuel.

La del alba era cuando regresó al convento, en donde apenas se notó en el coro y refectorio la falta de dos o tres religiosos que se habían quedado rezagados. “Comer y rascar hasta empezar”, dijo fray Manuel al día siguiente, pidiendo a sus compañeros de la víspera que volvieran a llevarlo aun cuando fuera para no comer buñuelos. A los pocos días, ya era él quien invitaba; después de algunas semanas, eran los otros lo que debían contenerle en los límites precisos de un escándalo religioso. Pero era imposible, y ni fray Mateo de San José, que en memorable lunes once de junio de 1672 se atrevió a hablar desde la cátedra sagrada contra la vida de algunos de sus hermanos, en momentos que se honraba a los religiosos difuntos con solemne ceremonia pública y gran misa de réquiem, pudo convencerle de la necesaria moderación en el escándalo.

Un buen día ya no le pudieron aguantar los mismos compañeros y le recluyeron en San Diego, para ver si se moderaba. Todo en vano. Durante el día pasaba inquieto esperando la llegada de la noche para largarse muro abajo en dirección a la ciudad. Había estudiado con toda atención el mejor sitio para la comodidad de sus nocturnas evasivas, también había visto que el Cristo enorme que se hallaba en el coro, al pie de la ventana que daba hacia la plazoleta, podría servirle de escalera, y de él se utilizó durante largo tiempo. Mucho debió ser cuando el mismo Cristo se cansó de aguantar las irreverencias del fraile. Cierta noche que volvía, sin duda, a las mil y unas noches de sus escándalos orgías, abrió sus labios el Cristo y le dijo estas: “¿Hasta cuándo, padre Almeida?”. Levantó la vista el fraile, se repitió a sí mismo la interrogación impresionante, pero el diablo le trajo al vivo en su recuerdo de lo que afuera le esperaba y, entonces, sin vacilar, contestó: “Hasta la vuelta, Señor”.

En efecto, aquella noche fue la última. Regresado al amanecer, ya no fue a la celda. Se postró delante del Cristo, que ya no le volvió a hablar, y le prometió poner punto final a sus desvaríos.

Aún existen los restos de la ermita que, muy encima del bosque, se fabricó fray Manuel para su recogimiento. El Cristo, que no ha variado de sitio. Y la preciosa urna cineraria que en letras de oro llevó el nombre de fray Manuel de Almeida, por voluntad devota de los fieles se mostraba todavía en San Diego en 1880, ha desaparecido; pregona su memoria en los villancicos que en cada Navidad repiten los quiteños durante la novena del Niño:

Dulce Jesús mío

Mi niño adorado

Ven a nuestras almas, niñito

Ven no tardes tanto,

Que la piedad del fraile convertido escribió junto con un viacrucis y una autobiografía que también desapareció en esa misma época.

UNA FLOR QUE SENTANCIA

Ángel Polibio Chaves

1

Chimbo era en 1745 un asiento floreciente y de bonito aspecto, pues el rey le había concedido favores y muchos privilegios, deseoso de que hubiera una buena población en la garganta de la presidencia, para que sirviera de auxilio al comercio de la Costa y de la Sierra.

Todos los corregidores habían sido personajes distinguidos. Señores de horca y cuchillo, los cuales casi siempre traían comitiva de empleados de gente notable, así por la cuna como por los vicios: pues quienes no tenían esperanza de mejorar en la Península y ni podían resignarse a su mala fortuna, se trasladaban a América, donde, por mal que les fuese, venían a ser principales y primeros.

El corregidor don Pascual de Guevara había dejado un hijo denominado Manuel, quien, aun cuando de nobleza conocida por parte de sus cuatro abolengos, tenía la desgracia de ser criollo; esto, en los tiempos coloniales, equivalía casi a tener sangre africana y era causa de menor valer, por muchas que fuesen las campanillas por los otros lados.

Don Eugenio González de Figueroa, el que fundó él pueblo de Balzapamba, trajo por secretario a Luis Paredes de Lara, joven de unos veintidós años, buen mozo hasta no pedir más, tunante, jugador y malo, que no tenía el diablo talón en qué herirle. Desde que llegó a Chimbo, se distinguió por sus saturnales y se preciaba de no haber hallado mujer que le resistiese; pero, muchas veces, es duro un hilo de araña, y he aquí que en el asiento hubo doncella que dijese y probase que don Luis era antipático, no embargante su hermosa bien puesta figura.

Vivía en uno de los barrios apartados de la ciudad una joven llamada Rosario, modesta en todo lo que no fuesen cualidades personales, y de quien era tenido por novio oficial Manuel de Guevara; no obstante, no la había pedido aún a sus honrados padres. Lo supo Paredes, pero no pudo dar al blanco, porque ni a la casa entró, ni recibidos fueron sus billetes, ni mención hizo la interesada de las serenatas, rondas y paseos con que se desempedraba el barrio.

Infructuoso es decir que Luis y Manuel se hicieron enemigos; y mientras el uno vivía con su boato y riqueza, el otro se le equipaba con ser español y empleado. De esta lucha sacaban partido los parciales respectivos; porque si bien el castellano no tenía tesoros en caja, los encontraba donde quienes los tenían, por medio de cien mil resortes de que se valía para conseguirlos de grado o por fuerza.

2

En aquella época, no era el aguardiente de venta libre, sino que se hacía esta por cuenta del Gobierno. El estanquero era hombre considerado porque estaba en camino de hacer fortuna con muy escasos medios: dedo menos en la medida para vender, dedos más para recibir, y tal cual cámara de agua le representaba más que el sueldo. Como tras el lugar del despacho tenía el estanquero de Chimbo trastienda donde se reunían para jugar los desocupados del asiento, percibía de los viciosos otra rentita que iba acumulando para su regreso a España, pues, de tantos gastados allá, no había minuto que no hablase de su próximo regreso, el que solo dificultaban los tramposos, ya que, decía, estaba en estos todo lo poco que había podido conseguir a costa de mil penalidades y mayor número de privaciones.

Una noche se jugaba donde el estanquero una muy interesante partida de dados. Luis había perdido cuanto había llevado, lo que había fiado a los amigos y cuanto había pedido a la casa para devolver doblado; pero la mala suerte seguía, no le salía sino azares; y en cada suerte del contrario juraba, blasfemaba y se mesaba. Manuel, que era el afortunado, contestaba con risas a las provocaciones de aquel, pues la tolerancia y el buen humor son cualidades obligadas en los gananciosos; pero se fruncía y no podía disimular la rabia en cada ocasión, y eran muchas, en que los mirones decían al perdidoso: “Feliz en amores, desgraciado en el juego”; “Dios nos da pesos y besos”, y otras frases semejantes, a cuál más agudas y significativas.

No tuvo ya Luis sobre qué jugar, porque pignorando estaba hasta el sol por salir; entonces le propuso Manuel darle el valor de un anillo que tenía puesto.

--- No es mío ---contestó Luis.

--- Lo sé ---le respondió Manuel, dirigiéndome una mirada de espantoso ademán que le arrancaba el alma.

Convinieron jugar el precio de la joya y se resolvió la partida; pero con éxito diferente desde el principio. Bien en breve pasaron los fondos a poder de Luis, y tocó a Manuel la hora de enrojecer, sudar y maldecir; a pesar de haber sido, hasta entonces, el jugador más sereno y culto de cuantos frecuentaban la trastienda del estanquero.

Dieron las diez de la mañana y la mesa seguía con el mismo personal que doce horas antes. Y aun cuando la casa exigía a Manuel que tomara más dinero para desquitarse, este

no quiso; dirigió una mirada de provocación al feliz Paredes y salió, con asombro general, no por la puerta excusada, y sin cuidar de arreglarse el vestido ni los cabellos.

3

Nuestros abuelos almorzaban a las ocho de la mañana, merendaban a las dos de la tarde, cenaban a las siete de la noche, y a las ocho no había mortal ni luz despiertos, pues tenían por axioma: comer y dormir temprano conservan el cuerpo sano. Y seguramente por esto vivían doble y triple que los trasnochadores de sus nietos.

En casa de Rosario estaba el papá furioso, pues su hijo no había venido al almuerzo; y si no se daba por notificado de que pasara la mayor parte de las noches en el estanco, no perdonaba que faltase a la mesa en las horas de comer.

La niña bajó al jardín tan luego como se levantó su padre, y comenzó a pasear por todas las callejuelas, pero volviéndose a cada instante hacia la puerta. Dieron las diez en el hospital, y su agitación subió de punto: paseaba con más viveza, se paraba más a menudo, se llegaba más a la puerta, ponía el oído para escuchar, veía por la abertura de la chapa, se arreglaba el cabello, cogía flores, las deshojaba; estaba como azogada, no sabía lo que hacía. Vestida de traje blanco, suelta la hermosa cabellera que le ceñía hasta la cintura, se destacaba como la figura de Ofelia a los rayos de un sol reverberante, que parecía quemar hasta las arenas del jardín.

Dieron las once, se abrió la puerta, y entró Manuel con aire descompuesto y sobresaltado. Se paró al divisar a Rosario; sintió un estremecimiento extraño y tuvo ímpetu de volver la espalda y salir a la carrera; pero le deslumbró la belleza de la joven, se detuvo un instante, y luego siguió precipitadamente hasta donde ella se encontraba. Miró al mancebo con ojos preñados de lágrimas, y de dejó tomar la mano sin decir una palabra. Él la llevó a un banco de césped, la hizo sentar junto a él, pero tampoco habló; fue ella quien rompió el silencio:

--- ¡A esta hora!

--- No he podido venir antes por una inaplazable!

--- Inaplazable, porque yo soy para ti objeto secundario.

--- Eres lo único para mi en la vida; por eso soy tan desgraciado.

--- Tienes razón, la distancia que nos separa es inmensa.

--- Cierto, el abismo que hoy nos separa es espantoso.

--- ¿Y por qué no lo viste antes? ¿Tengo yo la culpa de haber nacido noble y rica? Hiciste despertar mi corazón cuando apenas tenía quince años; en tres que han transcurrido, tiempo tenías de medirme y no hacerme desgraciada.

--- Ingrata, injusta; y aún me insultas.

Se cubrió la cara con las manos y dejó escapar un sollozo en el que parecía salir el corazón. No pudo resistir el mancebo; le pidió perdones, la oprimió a su seno con delirio, y, a poco, charlaban como dos pájaros, sin acordarse de la nube que acababa de pasar, ni del cielo ni de la tierra; los dos solos formaban el mundo, y, reconcentrada el alma y los sentidos con el amante, no pensaban, únicamente sentían: estado dichoso en que el amor hipnotiza a los

enamorados y les hace vivir, en instantes, una vida venturosa, reflejo, seguramente, de ese estado en que debe encontrarse el alma en el seno de Dios, después de la muerte feliz, según el sentir de los iluminados ascéticos.

Manuel le había llenado de flores el cabello y las faldas; y, de pronto, tomando una rosa blanca, dijo:

--- Vamos a ver si me engañas; haz la prueba con esta flor ---y puso ademán severo.

La niña tomó la rosa y comenzó a arrancar hoja por hoja, diciendo en cada una “Me quieres”, “no me quieres”… Rápido sacó un puñal y sin que Rosario tuviese tiempo de ni casi advertir el ademán sintió la muerte, cayendo al suelo en el último pétalo de la rosa

4

¿Qué había sucedido para tan increíble y espantoso drama?

El hermano de Rosario era uno de esos perdidos que echan mano de lo que encuentran para sostener sus vicios. La mañana anterior al acontecimiento, Rosario, al lavarse las manos, se sacó el anillo que usaba habitualmente y lo puso en un lado del lavabo; se apoderó de la joya y salió el mozo al instante. Fue a la trastienda del estanco, y empeñó el anillo por fichas, para apuntarse en el monte que encontró tallando a Paredes.

Manuel, que no obstante estaba seguro del afecto de Rosario, ardía en espantosos celos, exasperado por las hablillas del vulgo y las calumnias del presumido libertino, vio su anillo en el dedo de este, quiso rescatarlo a toda costa, le fue adversa la fortuna, y después la catástrofe…

QUIEN A CUCHILLO MATA, NO SIEMPRE A CUCHILLO MUERE

A Gómez Jaramillo

Allá por el año de 1846, oscilaba la edad del maestro Felipe entre los 40 y los 43, alto de cuerpo y bien formado, seco y sombrío de temperamento, más propenso a la violencia que a la reflexión, había equivocado seguramente el camino yendo a parar a una sastrería de la que era jefe y dueño, y no al temido cuartel de los tauras, gente peligrosa y terrible que, algún tiempo después, cometían al sol y a la sombra mil desafueros en esta ciudad de Quito, escuchados con el santo y seña del amo Querubina, apodo hijo legitimo del cariño y de ignorancia con que nombraban al general don José María Urbina.

Con el aire marcial con que un conquistador trazara en un mapa sus planes de conquista, medía el maestro Felipe las espaldas de sus parroquianos ---¿qué pinganilla de la época no lucía en Quito y aún en provincias esas hermosas casacas que untadas parecían al cuerpo por lo bien cortadas y medidas?

Con la buena entrada mensual en patacones, libres de todo gasto, que le caían al maestro Felipe, había podido redondear una fortunita, porque los gastos de su mujer y su suegra, únicos seres que con él componían la familia, aun con ser tantico exagerados, no eran para consumir toda la renta, ni los tres cuartos de ella. Y no por vanidosos y gastadores estos dos seres, que le eran anexos y… cargantes, dejaban de olfatear y comprender que más agua entraba a la olla que caldo salía.

Dieron pues las dos mujeres en la tarea de buscar a escondidas el sumidero y ---¿Qué no son capaces de encontrar esas dos potestades unidas llamadas mujer y suegra curiosas?--- llegaron a cerciorarse de la verdad y encontraron el hilito de agua. Siguiéndolo, fueron a dar con cierta casa de la Calle del Correo, donde vivía una tal Francisca, mocita prudente que no miraba muy detenidamente a los hombres, porque la caridad cristiana le había enseñado no hacer daño al prójimo, y quería evitar una caída o, si la insistencia de las miradas era mayor, hasta un desequilibrio cerebral.

El caído entre rosas y espinas y el desequilibrio en toda forma había salido desde algunos meses antes nuestro don Felipe, hasta el día en cuya noche ocurrieron las escenas que voy a narrar, escogiendo solo las del exordio y el epílogo, para dejar a las demás perdidas en la negrura de sus propias sombras.

Acababa de entrar don Felipe a un cuarto miserable construido en el último rincón de la mentada casa de la Calle del Correo, donde la Francisca se había visto precisada a esconderse de las indiscretas investigaciones de la mujer del sastre. La Francisca, tendida en el suelo y apenas cubierta con ligeras ropas, dormía con inquietud como si algún pensamiento cruel la tortura.

Don Felipe se sentó en un banquillo y se puso a contemplarla a la tenue luz de un farol, mientras que también en su alma se desencadenaba una tormenta terrible y sorda, que solo se le manifestaba en el temblor de las manos y en el relampaguear de los ojos.

Era la tormenta de celos encendidos por mano maestra, crecidos en materia propicia y soplados por un huracán. Al final de esa tormenta, debía ser vencida la piedad.

Una hora más tarde, se apagaba la luz del farolillo y se cerraba suavemente la puerta del cuartucho; un bulto embozado llamaba con dos suaves golpecitos a otra puerta de la misma casa, salía otro embozado, y, a poco, formando un grupo muy apretado y protegidos por la profunda oscuridad y la tenaz llovizna, se perdían esos dos bultos por la última de las sucias callejuelas de la loma grande.

Parecía que en la noche se hubiesen regado para más oscurecerla las sombras de la conciencia de un malvado.

Se abrió el tiempo. Los vientos susurraban alegres en las calles de Quito, murmurando la eterna invitación al esparcimiento del campo a la soledad, a la vida.

Cuatro guambras, de los que pueden dar quince y raya a los gamines de París y los granujas de España, se solazaban echando una cometa al aire en los declives del Censo. La maldita cabecera como borracha y no quería subir más, a pesar del buen viento.

--- Más rabo es lo que quiere ---dijo uno de los muchachos, y se puso a buscar en el suelo un pedazo de trapo viejo.

Allí estaba uno, pero… muy grande… y medio enterrado. Había que sacarlo, llamando a los compañeros.

Ese trapito blanco que se levantaba al soplo del viento y volvía a caer llamando era el extremo de un envoltorio, y ese envoltorio contenía medio putrefacto el despedazado cuerpo de una mujer.

A todo se acostumbran las sociedades, hasta los crímenes, cuando los respiran en la atmósfera, los beben en el agua y los ingieren en los manjares de cada día siempre al rubor del crimen; mas nuestra sociedad de esa época patriarcal se conmovió hondamente con el inusitado asesinato.

No les fue, pues, difícil a las autoridades la identificación del cadáver ni la captura de aquel que debía estar obligado a responder de la víctima. Altivo y tristemente sereno, cerró ese día la puerta de su tienda y se entregó a discreción de las autoridades.

Como no era don Felipe hombre de urdir embustes ni mentir, se declaró autor de la muerte de Francisca, no sin cerrarse a las más terminante negativa de dar a conocer los móviles de su desgraciado proceder. El maestro Felipe tenía fulminada contra sí la sentencia de la muerte en la hora de Santa Clara, vendado él los ojos y vestido de traje talar negro, después de cuya función pública, según costumbre piadosamente conservada, iría a parar su cuerpo a la torrentosas y negras aguas del Guayllabamba.

Varios sentimientos se sucedieron en el ánimo de don Felipe en los días de su prisión: primero la ira, luego una pena que le volvió loco menos que inconocible y, por fin, un cierto género de estupidez e indiferencia para todo lo exterior. Cuando se le leyó la sentencia, pareció tranquilizarse y descansar.

Al día siguiente, sin embargo, hubo una reacción; un pensamiento hizo luz en su cerebro y se levantó de un salto de su banquillo. Había visto una cuerda en un rincón de su encierro y casi simultáneamente alzó la vista a una gran viga tallada y pintada que tres metros por encima de su cabeza iba de pared a pared sin tocar en el tumbado. De todos modos, iba a morir, pensaba, y mejor era evitarse el contacto de la mano del verdugo y las lágrimas de los espectadores, dando por lo demás cumplimiento a las disposiciones de la justicia hasta en el género de la muerte. Se adelantaba diez días a la sentencia.

Mientras el maestro Felipe arreglaba su proyecto, cuya ejecución debía tener lugar en el silencio de la noche, pensemos en lo que él acaso no pensó: en que en el ceremonial del recibimiento de ultratumba podía haber ciertas diferencias, según que allá fuera con papeles visados por la autoridad, o de contrabando. En fin, allá él, que eso era cosa suya.

En un rincón de la prisión, antigua celda perteneciente al convento de franciscanos, había medio borrada una imagen del santo de Asís. A él se encomendó con toda su alma don Felipe, lanzó el cabo de la cuerda por encima de la viga, hizo un lazo corredizo al otro extremo y se lo aplicó al cuello; se subió al banquillo, levantándose sobre las puntas de los pies, aseguró el otro extremo de la cuerda, dio un empellón al banquito… y aquí hubiera terminado todo con el vulgar suicidio, si tú, numen inspirador de Las mil y unas noches, no vinieras a poner remate verdadera a esta ampliación histórica, para única satisfacción del

pobre sastre, mas no para ejemplo ni escarmiento de nadie, pues la casualidad no debe ser consejera de ningún mortal en esta vista.

La viga escogida por don Felipe no resistió el peso de su cuerpo, chirrió con irrisión y se vino con el sastre al suelo; mas es cierto y averiguado que, al mismo tiempo, descendió sonando a pura gloria un chorro de onzas de oro de antiguo y legítimo cuño español con la efigie de don Felipe IV y con la consabida inscripción Indiae et Hispaniarum rex.

La viga hueca había servido para contener un tesoro probablemente escondido por los frailes, y se rompía en ese momento para dar vida y libertad y esperanzas al que acababa de despedirse de ellas.

Don Felipe compró su libertad a precio de oro en esa misma noche y, cargado de una fortuna, emprendió inmediatamente viaje a Lima. Vivió allí honradamente hasta que el tiempo prescribió su pena por la muerte dada a una mujer, y corrió por sobre el crimen y su memoria esa pátina que borra los perfiles de todos los acontecimientos humanos. Entonces volvió a Quito.

Solo una cosa no le quito el oro: el recuerdo de la hermosa víctima y tal vez algo más que el recuerdo, porque el ya viejo sastre no caminaba a diez pasos sin volverse a mirar con inquietud.

LA CASA DEL APARECIDO

C. M. Tobar Borgoño

Una disforme bandera de pueblo desconocida forma el gran valle al divisarlo desde la altura, dos anchas fajas verdes separabas por una gris parduzca se alargan longitudinalmente en toda la extensión de la dilatada planicie. Las erupciones del cercano volcán han convertido el fondo de la cuenca en un desierto, color plomizo de ruinas, que viene a dividir la verde alfombra de las ricas regiones de los lados.

Inmensos peñascos arrancados de las crestas por la fuerza de las aguas en días de cataclismos; trozos enteros de la montaña que los terremotos hicieron rodar; huellas de la lava que, calcinando el suelo, ha impedido toda vegetación: cantidades inconcebibles de ceniza y de piedra pómez, todo ello revuelto quemada e infecunda; parece, visto desde arriba, las ruinas de un pueblo, pero del pueblo más grande del universo.

Sin embargo, no todo es desierto. Allá abajo un riachuelo, un río en breve, se despeña retorciéndose sobre sí mismo, chocando con las rocas que han invadido su lecho y, lanzándose, por fin, entre torrentes de espuma y agua pulverizada.

A los costados se pueden divisar tenues líneas de una vegetación amarillenta y empobrecida y que no es otra que la formada por los raquíticos bambúes, zuros, totoras y obras especies que cubren los hediondos pantanos ribereños del impetuoso río.

Pero, si la parte baja del valle es tan lúgubre y sepulcral, las dos mitades que, en insensible plano inclinado, arriba se dilatan, parecen empeñarse en arrancar del viajero la melancolía que la contemplación de aquella debe de haberle producido. Hacia el oriente una planicie enorme y llana se extiende como limpia alfombra de verdura hasta donde la mirada del hombre no alcanza a divisar. Ni un árbol, ni una casa, ni una quebrada, ni siquiera una sinuosidad que venga a interrumpir la continuidad del paisaje o mancharlo con algo un poco más oscuro; ahí los rayos del sol no se quiebran como abajo, penetrando penosamente, mendicantes, a las profundas cavernas; acá se dilatan, se explayan y sonríen.

Al extremo, hacía el levante, una línea más oscura corta ese mar vegetal: es ya el ascenso a la cordillera que, igual y suave, va hinchándose poco a poco y cuyas zonas montañosas de bosque y matorral se dibujaban con limpieza en perfectas rectas de distinto matiz.

Hacia el norte, por el contrario, el valle termina rápidamente, limitándose por una serie de peñascos, inconcebibles bloques graníticos cortados a pico y que semejaban, a la distancia, un órgano inconmensurable cuya base se hundiera en el plano y cuyos enormes tubos acústicos se perdieran entre las nieblas que vagan siempre por la meseta del volcán.

Hay, sin embargo, un pequeño manchón que, ya cerca de estas peñas, va a dejar caer un punto oscuro e el alegre verdor del valle: es el caserío de la hacienda de los marqueses de N. o del Aparecido, como lo llaman las gentes del otro lado del plano.

Vivienda primorosa debió haber sido aquella. Parece más bien un castillo medieval, de esos que no hemos conocido en América, que una simple casa de campo.

Al occidente, mirando al valle, una fachada maciza de piedra perfectamente labrada y unida se eleva formando un conjunto que los golpes del tiempo no han podido disgregar sino en parte. Enorme puerta debió cerrar el parche abovedado y misterioso en cuyos ángulos el echo multiplica y aumenta el rumor de los pasos y el viento silva huraño en medio de la tenebrosa oscuridad que reina uniforme en aquel sombrío zaguán.

Terminándolo, se entra en un patio sin empedrar y del cual los espinos y jarales se han apoderado por completo; cuatro corredores de cerca de una cuadra de extensión cada uno lo limitan por los lados. Verdes baldosas de piedras cubierta por densa capa de humedad pavimentan estos últimos. Los carcomidos pilares en que sustenta la ya destruida cubierta demuestran, así como todas las otras partes del edificio, que ningún ser viviente se ha preocupado, mucho tiempo acá, en limpiar o visitar al menos esa añeja y señorial mansión.

Las habitaciones presentan el mismo aspecto de mustio desamparo: trozos podridos de tapicerías que aquí y allá penden de las carcomidas murallas, residuos de muebles que han debido ser de valor inestimable, restos de lámpara y hasta de blasonadas chimeneas, desechos de la rapiña de los labriegos.

Pero, si en todo se refleja el abandono más completo, no puede menos de adivinarse también la riqueza de los señores que en un tiempo habitaron aquel retiro escondido, como oculto en un ángulo de ese inmenso valle, cuyo extremo más lúgubre parece buscado exprofeso por el arquitecto para levantar en él un edificio todavía más melancólico que las peladas rocas vecinas que quedan.

A excepción de un monstruoso lecho primorosamente tallado y de un enorme Cristo de semblante adusto y carcomido por insectos, hasta hace algunos años nada habían ya dejado el tiempo, la humedad, los temblores y hasta el hombre, elementos todos coaligados para el desbaratamiento de la señorial vivienda; sin embargo, el hombre menos,

pues se necesitaba mucho valor y mucha despreocupación para atreverse a entrar ahí. Los únicos seres humanos que alguna vez pasaban por la llanura eran los vaqueros; pero, aún ellos, cuando se veían precisados a acercarse a la medrosa casa, lo hacían alejándose lo más posible o lanzando en precipitada carrera sus caballerías: tal era el temor que ella les producía siempre.

¿Por qué? Es lo que vamos a contar.

Allá, por el siglo antepasado, llego de España un marqués en compañía de su esposa, un fiel criado, dos mastines y un centenar de grandes bultos.

El tal marqués era un hombre entrado en años pero viril y fuerte aún; el largo bigote encanecido, la perilla cuidadosamente atusada y terminado en aguda punta y la correcta nariz aguileña le daban todo el aspecto de uno de los cabellos de capa y espada, de uno de aquellos señores de Flandes que tan célebres se hicieron por su valor y por el arte de manejar el invencible acero.

La esposa, excesivamente joven, acusaba a lo sumo diez y ocho años, pareciendo más bien nieta que compañera del caballero advenedizo.

Ellos fueron quienes, después de recorrer el valle y adquirir a precio de oro, tomaron posesión de aquella hacienda, y ellos mismos los que, empleando verdaderas legiones de trabajadores, levantando la casa aquella cuyas ruinas hemos descrito.

Magníficos salones repletos de valiosos objetos de arte y ricos muebles, espaciosas estancias, en donde, adelantándose a su siglo, el susto más exigente podía hallar la mayor comodidad imaginable, lujosos gabinetes, en fin, un edificio hecho para una vida solitaria, pero sin que nada dejara desear.

Terminada la construcción y retirados los obreros, los dueños se trasladaron a ella y desde entonces nadie pudo descubrir la clase de vida que llevaban ni tampoco amistarse con ellos.

El señor y el viejo criado, tan impenetrables uno y otro, eran los únicos que, de cuando en cuando, asomaban hacia a fuera del siempre entornando portalón. Muchas veces los campesinos quisieron averiguar su procedencia al sirviente, pero jamás obtuvieron respuesta; ni siquiera, cosa rara, lograron hacerle aceptar el menor obsequio en las tentadoras tabernas del otro lado.

El amo solía, a veces, salir por la tarde envuelto en su capa y seguido de los dos mastines, efectuando así, solitario y pensativo, largos paseos que terminaban a avanzadas horas de la noche.

En otras ocasiones, montando en brioso corcel, llevaba a cabo arriesgadas cacerías de pumas, osos o puercos salvajes, o, dejándose arrebatar por un frenesí temerario, lanzaba el caballo en carrera desenfrenada por alguna pendiente con peligro de quedar de repente sepultado en una de las grandes quebradas que cruzan por junto a la base de las rocas limitadoras del valle. Entonces se recogía a la caída del sol, chirriaban los cerrojos y la casa quedaban como muerta.

Siempre que algún vecino pretendió, llevado de la costumbre, visitar a los misterios huéspedes, los dos enormes perros hacían, en seguida, desistir de tan urbanos propósitos.

Pero si todo esto atraía, y mucho, la curiosidad de los campesinos, lo que les escandalizaba sobre manera era que jamás, a no ser un día al año, asistían a la iglesia. Solo el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, era el único en que se veía a la hermosa marquesa que, escoltada por su esposo y el viejo paje, se dirigía a la parroquia a la hora de misa: mas, no todos la oían, solo la señora entraba la casa del señor; el marqués y el criado

permanecían durante el tiempo de las ceremonias en un banco que había frente a la puerta del templo.

Al terminar los oficios, la misma reserva e igual apartamiento de los campesinos, la marquesa se ponía entre los dos varones y luego la puerta de la tétrica vivienda se cerrada tras de ella hasta el año cabal.

Mil variadas e inverosímiles fábulas circulaban acerca de tan extraños personajes: unos creyeron que el marqués era un raptor de la joven que pasaba por esposa suya y que, buscando un lugar donde tenerla oculta, la había conducido a aquel apartado desierto; otros decían ser él un criminal político que, escapándose de España, vino a refugiarse ahí; tal otro lo supuso allegando del rey, y a quien fracasos cortesanos lo impulsaron al alejamiento más severo; por fin, los menos fantaseadores lo tuvieron simplemente por un celoso terrible hasta el punto de rayar en los límites de la demencia; pero, de cierto, nadie sabía otra cosa, sino la de que tan extraño personaje era hereje, pues su aversión a la misma así lo manifestaba.

La mujer del sacristán que una vez, el día del Tránsito, estuvo en la iglesia cerca de la marquesa, aseguró después que, durante toda la ceremonia, la vio llorar angustiosamente. Desde entonces, los labriegos hicieron una salvedad en ella del odio con que envolvían a todos los herejes.

Cinco años habían pasado y, con ellos, las murmuraciones disminuido. Acostumbrados los vecinos al extravagante modo de ser de los herejes, ya no les llamaba la atención lo que ellos hicieran, y les dejaban vivir sin preocuparse en lo mínimo, ni murmurar de sus costumbres.

Sin embargo, un día, las conversaciones y el odio contra ellos se reanimó en el pueblo y todos repitieron los inverosímiles cuentos ya echados al olvido.

Por ahí, a principios de agosto, se presentó en la población el hijo de unos de los más ricos vecinos del lugar.

Joven y elegante, el recién llegado regresaba después de larga estadía en la Península, a donde su espíritu aventurero lo hizo arribar en ocasión propicia para tomar parte en la guerra contra el archiduque don Carlos, cosa que le habría producido mayor provecho si hubiera sido de una estirpe menos baja que la suya.

Galante aventurero, con el brillo además de haber pisado la madre patria y militado en los reales ejércitos de Felipe V, el mozo aquel, José Aráuz de nombre, se creía capaz de conquistar un mundo y no solo el corazón de una mujer, por más que ella fuese marquesa y casada con un oso tal como el hereje.

Desde el momento en que el 15 de agosto la vio entrar a la iglesia, se enamoró de ella con fuego tan rápido como que era un mucho artificial. A la conclusión de la misa, se apresuro a salir tras ella y aún la siguió hasta la alejada casa.

Nadie se preocupó en aquel día de José Aráuz, ni su familia tomó de nuevo el desaparecimiento del aventurero. ¿Cuál sería la admiración de los vecinos cuando, al día siguiente, se vio entrar por la calle larga al marqués hereje, seguido de sus perros, trayendo sobre el hombro el ensangrentado cadáver de José Aráuz?

Una vez en casa del alcalde, y en presencia de la numerosa concurrencia, que atraía por la curiosidad había acudido, declaró que él había muerto con propia mano a aquel hombre por haberlo encontrado penetrando sorpresivamente y durante la noche a su casa. Dicho lo cual y suscrita con las formalidades del caso la declaración, se retiró sin parecer fijarse siquiera en los campesinos que, coléricos y admirados, le rodeaban amenazadores.

El alcalde expuso a aquellos buenos hombres cómo nada podía hacer para vengar la muerte del joven, por cuanto las leyes protegían al señor, autorizado su proceder, toda vez que Aráuz había violado, durante la noche, un domicilio cuya entrada no le era permitida.

Por lo demás, los herejes no permanecieron preocuparse del sangriento incidente y continuaron su habitual vida como si tal cosa no hubiese ocurrido, solo que en los años posteriores ya no volvieron las gentes a verlos ni por día del Tránsito en la iglesia.

Después de algún tiempo, los vecinos, pausada la impresión que la muerte de José Aráuz les produjo, principiaban a olvidarse de nuevo de la existencia de los marqueses, cuando un hecho, mucho más trágico que el anterior, vino a despertar a vez la imaginación de los campesinos y a engolfarlos en leyendas, de esas que sobreviven a las generaciones que las crean.

Frente por frente de la sombría casa del marqués, al otro lado del valle y con el torrente por delante, se levantaba una sencilla morada, propiedad de la hacienda colindante con la del hereje.

Si una de las casas era lóbrega y severa, la otra era alegre y risueña, parecía regocijarse más en comparación con la fúnebre apariencia de la fronteriza.

Hacía ocho años que los herejes habitaban el valle, cuando llegó el vizconde a visitar sus propiedades.

Interesado por todo lo que a sus dominios atañía, interrogó de quién era la posesión del otro lado del río; a la pregunta, los labriegos no tuvieron mucha pereza en referirle el sinnúmero de fábulas que acerca del marqués habían circundado la verdadera historia de la muerte de José Aráuz, después de un último en que los herejes estuvieron en la parroquia.

Le impresionaron al joven tan tenebrosos cuentos, pero especialmente los encomios que de la hermosura de la marquesa se hacían y, de seguro de que era una víctima de los brutales celos del viejo, se interesó desde aquel momento por ella y se propuso hacer los mayores esfuerzos por conocerla.

Valiente, como buen hidalgo, se ciñó la espada, se terció la capa y con el chambergo a los ojos se dio a rondar la apartada y silenciosa mansión del marqués.

Dos o tres veces que se encontró con este cruzó un ligero saludo, indispensable entre gentiles hombres que conocen la etiqueta; pero luego, habiendo repetido las excursiones, el viejo, como si le desagradara la presencia del hidalgo, esquivó el volver a tropezar con él, y, hasta alguna vez, que contra su voluntad su voluntad se encontraron, la atención se omitió de común acuerdo, sin que uno ni otro pareciera extrañarse por ello.

Lo cierto fue que el vizconde halló soberanamente antipático a aquel viejo nervioso y cruel, cuya figura harto se prestaba a las tenebrosas ficciones de que se le hacía protagonista; y por lo que toca al marqués, juzgó este muy molestoso que aquel hombre bien plantado y joven frecuentarse las cercanías de su mansión.

Fue una tormentosa noche del mes de octubre, el rayo alumbraba de vez en cuando el horizonte enrojecido y el trueno repercutía indefinidamente en las innumerables quiebras de los gigantescos Andes. El marqués salió por la tarde anunciando que iba de caza. Lo esperó la marquesa hasta las once, pero viendo que no llegaba y acostumbrada a esas extemporáneas excursiones del esposo, se acostó en el gran lecho después de llorar y rezar

largo rato de rodillas al pie del disforme Cristo colocado en el mismo dormitorio, en frente de la cama.

Apagada la luz, la lamparilla de noche aclaraba apenas la enorme pieza, yendo a producir movedizas sombras que hacían más medrosa la enorme escultura ante la cual la joven había orado.

Huía el sueño de sus párpados y el alma recogida por el miedo sentía apretársele contra el cuerpo: lloraba la hermosa niña y la almohada se hallaba empapada ya con sus abundantes lágrimas.

La lluvia, mientras tanto, golpeaba descompasada y perezosamente los cristales; a veces, una ráfaga de viento, arreciándola, producía ruidos que repercutían en los espaciosos ángulos de la casa. El aire penetraba por entre las junturas de la ventana, yendo a levantar las pesadas cortinas que antes ellas caían y que, cortando la tenue luz de la velada lamparilla, aumentaban las inquietas sombras que parecían horripilaban figuras animadas.

La joven, a cada golpe de viento, abría los ojos y, temerosa y sobrecogida, seguía ansiosa con la vista las evoluciones de esas fantásticas quimeras.

Otras veces ocultaba su cabeza bajo las sábanas; pero, luego, una fuerza irresistible le impulsaba a mirar de nuevo, con los ojos muy abiertos, los misteriosos seres que cambiaban de forma a cada instante y que parecían esas ánimas de las leyendas que, escapadas de los sepulcros, atemorizan a los vivos.

Hacia fuera se oía el ruido estridente de los cristales del invernadero al cortar con sus agudos ángulos la veloz corriente del aire y, sobre todo, un murmullo como de oración, apenas rumoreada por un conducto subterráneo.

La marquesa temblaba, y sus ojos, cansados de llorar, se negaba ya a proporcionarle más lágrimas, cuando, de repente, un ruido mayor que los otros, vino a hacerle abrir aún más los párpados: alguien andaba por ahí, no cabía duda... pero un crujido de la ventana seguido de otro de la mesa próxima, alejaron su temor de que algún ser viviente hubiera penetrado en la casa.

Se cree que cuando tales ruidos se perciben, son almas en pena que demandan auxilios a los de la tierra; por eso, la marquesa rezó, rezó de nuevo con un fervor como nunca antes lo había hecho, juntando las manos y apretándolas nerviosamente por debajo de las sábanas; mas... algo extraño y horrible sucedía en la casa: ruidos desconocidos e inexplicables se oían por aquí y por allá, el armario, el cofre, el lecho mismo y hasta el Cristo crujían estrepitosamente como si fueran a desarmarse y a volverse añicos. Un instante después, el gran libro de oraciones que quedó en el reclinatorio cayó haciendo también un ruido seco al descompaginarse contra las desnudas baldosas del dormitorio.

No pudo más la joven que, sobresaltada y delirante ya, pretendió incorporarse para huir de esa mansión terrible, para escapar a esa persecución de los espíritus; pero un grito se le escapó de sus labios y volvió a caer desmayada sobre las almohadas del lecho: una sombra indecisa avanzaba lentamente hacia ella, reflejando y absorbiendo en sí todos los escasos rayos de la lamparilla, y se le acercaba siempre, poco a poco; la marquesa le veía aproximarse sin poder hacer un movimiento ni menos huir de tan espantable fantasma, de esa sombra que tenía rostro, cuerpo y que, sin embargo, no era nada. Después sintió que eso que veía ella y que parecía un hombre de ultratumba, se inclinaba hacia el lecho y que algo muy frío, con unos labios de cadáver, se posaba sobre su frente. Hizo un último esfuerzo para escapar de aquel muerto ---porque, indudablemente, era un muerto---, pero cayó desmayada al suelo.

¿Transcurrieron muchas horas? ¿Solo algunos minutos? No lo supo.

Un grito rabioso, una voz brutal de furia que le era harto conocida llegó hasta ella, allá a lo más profundo donde su alma se había ocultado y la despertó del sopor en que cayó al pretender huir de la cama.

--- He muerto a tu amante; he aquí su corazón. Ahí lo tienes ---le gritó.

Era el viejo marqués que, en efecto, le mostraba un trozo de carne frete que todavía chorreaba sangre.

--- ¡Amante! ¡Muerto!... ---balbuceó ella sin comprender nada, sin siquiera pensar en lo que decía, cuando el marqués agregó:

--- Sí, el corazón del mozo aquel que te rondaba y a quien he muerto con mi mano porque sospechaba que fuese tu amante, tal por aquí lo había visto y que al morir a mis estocadas me ha declarado que sí, que por ti venía siempre hacia acá, aunque no te conocía... ¡Valiente farsa! Amar sin conocer... he aquí su corazón. Míralo. ¡Qué poca cosa era!

Y al decir esto arrojó aquel sanguinolento pedazo de carne al rostro de la estupefacta marquesa, que no comprendía nada de lo que el viejo le decía, que no sabía quién era el tal mozo y que buscaba en su memoria quién podía ser. Empero su admiración no pudo durar largo tiempo porque, a una furiosa patada del marqués, fue rodando hasta los pies del Cristo, en donde una serie de crueles puñaladas la hicieron lanzar el alma con un gemido.

Al día siguiente, un vaquero encontró el mutilado cuerpo del hidalgo oculto entre la maleza.

Se apresuró a dar aviso al alcalde, quien, trasladándose al lugar del crimen, constató la profanación que en el cadáver se había hecho arrancándole el corazón. Manchas de sangre le indicaron el paso del asesino y, cuando en nombre del rey golpeó la puerta del caserón, el marqués no se hizo esperar mucho tiempo: se presentó seco, severo y envuelto en su capa y con otro albo cadáver en los brazos.

--- El uno habéis encontrado ---dijo a la curiosa y asustada multitud que había seguido a la autoridad---. El otro, aquí lo tenéis, os lo entrego. Mas un hidalgo no puede nunca, sin deshonor, sea aprehendido vivo por la justicia. He resuelto, pues, que sean tres los nuevos huéspedes del cementerio.

Esto diciendo y antes de que nadie se atreviese a impedirlo, se arrojó sobre su espada afianzada fuertemente contra el enlosado.

Desde aquel día la casa quedó deshabitada; las puertas abiertas, sin que nadie se atreviera a violar aquella morada maldita.

Los campesinos creían ver hasta doce pocos años así el alma del réprobo que circulaba por entre las nubes, como la mancha de sangre negra que ensuciaba las losas del portal.

La última erupción del volcán, arrastrando consigo el edificio, ha borrado la leyenda.

EL CUCURUCHO DE SAN AGUSTÍN

Cristóbal de Gangotena y Jijón

Vivía allá por los años de 1650, en esta muy noble ciudad de Quito y en la calle que hoy llama el pueblo El Cucurucho, en las solariegas casas de su morada, un noble español, don Lorenzo de Moncada, natural de Madrid, y casado en Quito con una señora tan linajuda como él, doña María de Peñaflor y Velazco.

De este matrimonio, quinta esencia de la crème, como se dice, nació doña Magdalena de Moncada y Peñaflor, una de estas trigueñas que quitan el resuello y que van derramando sal por donde pasan.

Tenía don Lorenzo como administrador o mayordomo de sus cuantiosos bienes a un tal don Jerónimo de Esparza y García, hidalgo español que, habiéndose metido en negocios infructuosos, había quedado como el santo padre Job, tan pelado que no le quedaba sino manos para rascarse el escozor de haber perdido su hacienda. Don Lorenzo de Moncada, hombre caballeroso, había recogido a su paisano don Jerónimo en la seguridad que entonces se tenía de que un hijodalga había de hacer las cosas, por mal que las hiciera, mejor que un pechero. Así también, el pobre inocente, que no tenía sino su ejecutoria, no se moriría de hambre con su hijo don Pedro, y la madre de este, doña Josefa Piñera, con quien años atrás y haciendo una mesalianza se había casado don Jerónimo.

El administrador y su familia estaban siempre en casa de don Lorenzo y sucedió… ¡pues, hombre! ¡Sucedió lo que era de cajón! Que doña Magdalena, con sus fogosos quince años, le cobró afecto a don Pedro, real mozo de veintitrés, a quien le iba la gorguera de las maravillas y cuyos nacientes y atusados bigotes tenían no sé qué de conquistador… Don Pedro no fue tampoco insensible a las flechas de Cupido, y menos que doña Magdalena era necesario para que él se enamorara de ella perdidamente. Ya he dicho que Magdalena era lo que se llama una chica de rechupete y de no hay más allá.

Se vieron, se hablaron, se entendieron y, en fin, se amaron con ese vehemente amor propio de la edad que ambos tenían.

Por algo se dirá que en donde hay fuego hay humo: algún tufillo sospechoso había husmeado doña María de Peñaflor, pues a poco se dio cuenta de lo que pasaba con su hija. A punto, la buena señora participó el descubrimiento a su esposo, quien no pudo menos que indignarse al saber que el hijo de su favorecido pretendiese a Magdalena. Se resolvió a hablar a la niña, y al punto hizo comparecer a esta ante el terrible tribunal compuesto por él y doña María.

La autoridad de un padre de familia, en aquella dichosa época, era para un hijo así como la autoridad de Dios, y sus palabras una sentencia sin apelación. Hechas estas consideraciones, puede el lector juzgar lo temblorosa que se presentaría la pobre doña Magdalena ante su señor y padre. El rubor que cubría sus mejillas bien daba a entender que ella sospechaba las causas del paternal llamamiento.

Don Lorenzo increpó duramente a su hija al tener lo que él llamaba “sentimientos tan bajos”, y declaró que al punto echaría a la calle a don Jerónimo, ya que su hijo había tenido

la osadía de poner en ella los ojos. Nada valieron las negaciones de su hija, las lágrimas y súplicas de doña Magdalena para ablandar a su padre, y no teniendo otra cosa que hacer, otro recurso, se retiró la niña a su aposento a llorar, único consuelo que las mujeres tenían

Don Lorenzo, que era hombre expeditivo, en seguida hizo saber su resolución a don Jerónimo de Esparza, quien, renegado de su hijo, hubo de dejar su oficio.

Doña Magdalena siguió llorando y consumiéndose, sin salir sino a misa con su madre, a la próxima iglesia de los frailes agustinos, modesta pero ricamente vestida, cual convenía a su rango y calidad, con su faldellín redondo de paño, lleno de cintas, su mantón ricamente bordado, cuyo color armonizaba con el del faldellín, y sus zapatitos, también de paño paro negros, rebajados sobre la media blanca de seda.

Privados de verse como antes, a todas horas, en casa de don Lorenzo, doña Magdalena y don Pedro se veían furtivamente en la iglesia: ella, arrodillada en su estrado cubierto de rica alfombra fabricada en Latacunga, que tras ella traía una negra esclava, y él apoyando en una de las pilastras que sostenían la bóveda del templo. Alguna vez que doña Magdalena iba sin su madre, don Pedro la esperaba en la puerta y le ofrecía agua bendita a la salida…

Esos amores no podían durar así. Sobre todo, haría la vista gorda don Lorenzo, menos sobre la falda absoluta de fortuna de don Pedro: este así lo comprendía y por ello se devanaba los sesos buscando un medio de adquirir riquezas para llegar a la meta de sus aspiraciones.

En aquel heroico tiempo en que con tantas y tan famosas hazañas se ilustraban nuestros mayores, se organizaba la expedición de don Martín de la Riva y Agüero a las provincias del Oriente. Nuestro don Pedro, deseoso de ganar nombre y fortuna, se alistó bajo las banderas de este capitán y, tras una misiva de despedida a su adorada doña Magdalena, partió para las desconocidas tierras que bañan el Marañón, lleno de ilusiones con las protestas de fidelidad de su amante.

Como es sabido, la expedición tuvo un desastroso, y muy pronto se supo en Quito su entera destrucción. Corrió la voz de la muerte de varios individuos que la compusieran: entre los muertos se contaban don Pedro de Esparza.

Doña Magdalena lloró desconsolada por su cuasi novio, pero, al fin y al cabo, las lágrimas se agotan cuando se tiene quince años, no se puede vivir llorando.

En esto, llegó de España un hijodalgo, segundón de solar desconocido, gallardísimo mozo y que, a falta de hacienda, traía muchas esperanzas de adquirirla, ya que venía recomendado con mucha particularidad al virrey y a la audiencia. Era el tal hidalgo el señor don Mateo de León y Moncada que, por su madre, tenía deudo con el padre de doña Magdalena, don Lorenzo.

Guapo como era, rumboso y elegante, recientemente salido de la Villa y Corte, no pudo menos de gustar a don Lorenzo para yerno, de manera que su propuesta de matrimonios con Magdalena fue aceptada por los padres de ella con sumo agrado.

Aquí es necesario que recordemos, lector amigo, una vez más, lo que era la autoridad paterna en aquellos tiempos. A doña Magdalena le impusieron el novio, y ella tuvo que aceptarlo, aunque tuviera muy viva la memoria de don Pedro. Ella, para decir verdad, lo aceptó solo porque sabía la muerte de su amante, que, de saberlo vivo, preferiría meterse en un convento. ¡Ya lo creo!

Se fijó el día del matrimonio para un sábado 27 de marzo de 1655, por la noche.

Se encontraba la víspera doña Magdalena ocupada en arreglar su equipo, cuando una esclava suya le entregó una esquela. La abrió la niña y no se desvaneció, porque entonces

no se usaban los vapores, pues de estar como ahora a la moda, no dejaría de hacerlo, ya que, por ello, en verdad, había razón muy sobrada. La esquela decía así:

Señora y mi dueña:

Sé que mañana os casáis con un guapo mozo que os vale. Me creáis muerto, y aún vivo para adoraros. ¿Consentiréis en que os vea esta noche en vuestra reja? Os besa los pies.

Don Pedro de Esparza.

No hay para qué ponderar lo que sentiría doña Magdalena a la lectura de esta carta: un rayo que a sus pies cayera no le causara mayor espanto. Vivía su don Pedro, a quien tanto había querido, ¡y mañana iba a ser de otro! ¿Qué hacer en trance tan difícil? ¿Cómo romper el compromiso? ¡Que escándalo se formaría!... Y luego... su padre, su honor... Decididamente, no era posible... La fe que debía guardar al que mañana sería su esposo le prohibía ver a don Pedro en la reja.

Con el alma destrozada, tomó la pluma de ave y contestó así:

Mañana, como sabéis, me caso: no me pertenezco ya, don Pedro. Vos mismo lo habéis querido así, ya que me habéis dejado creeros muerto. Mi honor me prohíbe hablaros. Olvidadme. Adiós.

Magdalena

Esta carta, cuyas palabras querían mostrar indiferencia, llegó a las manos de don Pedro, empapada en las lágrimas de la niña.

Por fin amaneció Dios el día en que habían de juntarse los destinos de doña Magdalena de Moncada y de don Mateo de León, día aciago para la novia, cuyo amor por el antiguo amante había renacido más vivaz al saberlo en esté pícaro mundo.

Era costumbre de nuestros abuelos el que la niña que se casaba, el día de su matrimonio, repartiera por propia mano limosnas a los pobres que se presentaran en su casa. Este acto de caridad se hacía con el objetivo de impetrar del cielo la felicidad para el nuevo hogar.

A casa tan rica, tan linajuda y de tantas campanillas como la de don Lorenzo de Moncada, no hubo, como es de suponer, pobre que no acudiera: fue todo el día una procesión de mancos, ciegos, tullidos; allí se vio cuánta miseria nos legó nuestro padre Adán. No hay para que decir que los vergonzantes, como ahora los llamaos, y que entonces eran conocidos con el nombre de cucuruchos, por su vestido talar y la amplia capucha que les cubría el rostro, no faltaron a la cita.

La novia a todos y a cada uno de los que se presentaban entregada un patacón, pidiendo a Dios que le hiciera olvidar a ese don Pedro que le bailaba en el alma...

Ya entrada la tarde, se presentó un cucurucho, al tiempo en que doña Magdalena se preparaba su tocado.

No quiso la niña dejar al pobre sin su limosna y, abandonando su espejo, bajó a dar la última caridad del día y, ¡cosa curiosa!..., el cucurucho tenía la misma estatura de don Pedro de Esparza... sí, su mismo cuerpo..., pero... ¡ilusión debía ser!...

Doña Magdalena, sacando de su escarcela una moneda, se acercó al mendigo, alargó su mano; el cucurucho avanzó y, febrilmente, sacando un puñal de entre los pliegues de su hábito, lo clavó en el pecho de la novia... Esta dio un grito y cayó muerta... El asesino huyó a la calle... Los criados se precipitaron al auxilio de su ama, otros fueron en busca del asesino, pero no fueron lejos: casi al frente de la puerta de la casa, apoyado en el muro del Convento de San Agustín, vieron a don Pedro de Esparza con el hábito de cucurucho, la capilla tirada a la espalda y el puñal ensangrentado en la mano. La guardia acudió a los gritos de "¡Favor al rey!" y don Pedro fue conducido a la cárcel de corte.

Tal es la leyenda que el pueblo quiteño ha conservado, llamando a la cuarta cuadra de la Carrera Flores el Cucurucho de San Agustín.

EL DESCABEZADO DE RIOBAMBA

Cristóbal de Gangotena y Jijón

En los años fatídicos de 1814 o 1815, como lo sabe un niño de teta, los patriotas andaban a salto de mata.

Riobamba, en aquella época, era por las noches lo que eran todas las villas y lugares de por aquí: una boca de loco de mala conciencia.

Sonaba la media noche, hora en que brujas y almas en pena salen a hacer de las suyas por estos trigos, cuando se oyó el galope de un caballo. Como en aquel tiempo cada hijo de vecino dormía con un solo ojo, en expectativa de las nuevas de la guerra, los riobambeños se echaron a medio vestir a las ventanas, creyendo sería algún posta que traía noticias al corregidor, mas se quedaron clavados de terror en el sitio. ¡El asunto no era para menos! Lo que veían no era cosa de este mundo: era sin duda el alma condenada de algún insurgente...

Sobre un caballo negro iba un jinete, un hombre sin cabeza: le cubría el cuerpo un poncho negro como el caballo, y llevaba calzón negro.

El descabezado fue al día siguiente el tema obligado de la conversación de los riobambeños que, al encontrarse en la calle, se preguntaban:

--- ¿Sabe usted la novedad, don Fulanito? ¡Pues anoche por poco me quedo muerto! ¡Figúrese usted que vi al descabezado!...

--- Para mi santiguada que debe ser el alma de alguna mala época que anda recogiendo sus pasos de pícaro en la tierra.

El descabezado hizo su primera aparición un sábado: el sábado siguiente la cosa se repitió y así todos los sábados. A los riobambeños ya no les llegaba la camisa al cuerpo pensando que, pues el descabezado venía del campo y se volvía al campo después de un largo paseo por la ciudad, algún maleficio debía estar tramando en ella. Cada títere con calzones o con faldas creía tener la espada de Damocles suspendida sobre la coronilla.

Dejemos por un rato a los turulatos vecinos de Riobamba, y nosotros, que no le tenemos miedo, sigamos al pavoroso fantasma.

Desde que Juvenal, en la antigüedad clásica, dijo: “Nulla fere causa est, in qua non femina litem moverit” (Apenas hay una causa en la que una mujer no haya provocado el litigio), se sabe que, en todo misterio, no hay faldas de por medio. Si recordamos que:

En vano más de una vez

Se sigue al crimen la huella

Por no preguntar al juez:

¿quién es ella?

Y, aprovechando la lección que encierran estos versitos de Bretón de los Herreros, nos preguntamos ¿quién es ella? Pronto daremos, a las afueras de la ciudad, con una casita, y en ella, con una hija de Eva, de esas de chupe, de esas a quienes provoca decirlas con Espronceda:

Tiene un boquitris

Tan chiquitirris

Que me lo comeriba

Con tomatirris

¡Y hasta sin salsa era de comerse esta!

Si nos quedamos en el umbral de la casita a la hora en que, al oír el galope del infernal caballo negro, se les paran los pelos a los timoratos vecinos, veremos penetrar al fatídico animal en el patio de la casita y apearse del descabezado tranquilamente de su cabalgadura. Se quita el poncho negro y el misterio se clara. Vemos que el descabezado tiene cabeza, una cabeza que lleva un sombrero de fieltro duro, de esos que usan los indios, con las alas bajas y sobre las que reposaba el poncho. En la escalera está la mocita que, como ya he dicho, en un manojito de claveles.

Dejándonos de hablas en parábolas, narremos la historia con sus pelos y señales.

Cura era del pueblo de San Luis, contiguo a Riobamba, el doctor… (¿quieren ustedes que lo llamemos Pedrosa?) el doctor Pedrosa, hombre de muy buenas prendas, y decidor y galante si los hay, distinguido por su calidad, y que de clérigo no tenía más que la sotana.

¿En dónde conoció el doctor Pedrosa a Mariquita Fuentes? No tenemos para qué averiguarlo, ni viene a cuento. Bástenos saber que el doctor Pedrosa supo engatusar tan bien a la muchacha que en breve la chica capituló la fortaleza, se rindió y… ¡voló la paila!

El cura, que no era bobo, se puso a excogitar el medio mejor de ver a su Dulcinea sin escándalo, y ningún halló más apropiado que el de fingirse aparición de la otra vida. Montaba, pues, en su pueblo, en el caballo negro y se cortaba la cabeza en el camino, poniéndose el poncho encima del sombrero. En esta figura daba unas cuantas vueltas por las calles de Riobamba, asustando a la gente, a la que más gana le venía de atrancar la puerta y meterse en el último rincón que de seguirlo, y luego, pacíficamente, como hemos visto, entraba libre de inquietudes en el Sancta Sanctorum de sus delicias.

Lo mismo hacía para volverse a su presbiterio y… ¡Hasta más ver!

Entre tanto, el descabezado seguía siendo el coco de los riobambeños. No había quien se atreviese a poner la nariz fuera de casa los sábados por la noche, aunque se le estuviera muriendo la suegra.

Mas el diablo, que siempre paga mal a sus devotos, le metió en la mollera a dos mozos alegres, de esos que son capaces de hacerle una volada hasta el Santo Padre de Roma, el cerciorarse de si era aquel Descabezado de este o del otro barrio.

Vivían nuestros calaveras frente a frente y, para lograr su intento, decidieron templar una cuerda de una ventana a la otra, a través de la calle. Las casas de Riobamba, que en su mayoría eran bajas, les ofrecían grandes facilidades para la ejecución del proyecto. Se instalaron, pues, un sábado por la noche, cada uno en su ventana y cada uno con una punta del cabestro. Sonaron las doce y apareció el descabezado jinete en su fogoso caballo negro, que venía a galope. Los mozos se armaron de valor, templaron y, rematándola en las rejas de la ventana, esperaron el desenlace: de ser el descabezado ánima solamente, el cabestro había de pasarle a través del bulto.

Llegó el fantasma y, notando que había gente, picó al caballo que apretó a correr. Mas el cabestro estaba templado y, dándole al jinete en el pecho, con el ímpetu que iba el animal, tiró rodando al suelo el descabezado. Ahí fueron las risas de los mocitos y el echarse a la calle, provistos de velas para reconocer al fantasma.

Allí encontraron al infeliz ahogándose en el poncho, y lleno de contusiones. Lograron los mozos quitarle la indumentaria y ayudarle a levantarse. Su risa creció de punto al reconocer al cura de San Luis, y al ver los apuros del atortolado clérigo que no acertaba a explicar el suceso.

A la mañana siguiente, era voz en Riobamba que no volvería a aparecer el descabezado, mientras que cada cual contaba, en secreto naturalmente, a sus amigos, que el fantasma era de carne y hueso y el mismísimo doctor Pedrosa, cura del asiento de San Luis. Dicen que desde entonces los riobambeños son muy valientes para eso de apariciones y almas en pena, y que no creen en esas cosas si no están bien comprobadas.

LOS ARTÍCULOS DE LA FE

A Juan León Mera, afectuosamente.

Cristóbal de Gangotena y Jijón

Gobernaba la diócesis de Quito el Ilustrísimo doctor José Pérez Calama, y su inaudita facilidad para pronunciar autos condenatorios y lanzar excomuniones tenía, como vulgarmente se dice, metidos en un zapato a los clérigos del obispado.

Con todos los disolutos había podido la severidad del prelado: solo uno le traía a mal andar. Este hombre irreductible se llamaba el doctor José Albuja. Su afición a la guitarra hacía que murieran, casi al tiempo en que nacían con las amonestaciones del obispo, sus propósitos de nunca jamás volver a ofender a Dios...

Era el doctor Albuja un buen mozo de una vez; nada le faltaba para ser un temible seductor: su donaire, su figura, su voz de barítono, que cuando cantaba uno de esos tonitos sentimentales de la tierra, que saben retorcer el alma, se armonizaba tan bien con las notas que él mismo arrancaba de la vihuela.

Tanto era el simpático clérigo que contaba por ciento las confesadas guapas y al que todo el mundo acudía a oír cuando cantaba en el coro de la Catedral alguna misa de fiesta gorda.

A cada escándalo que cometía el doctor Albuja, al obispo le salían canas verdes, como si dijéramos. Lo encerraba, ya en San Francisco, ya en el tétrico convento de San Diego, y cada vez salía el doctor Albuja arrepentido, lloroso, compungido, pero como ya dije, ¡ay!, sus buenos propósitos se evaporaban apenas veía una guitarra o pasaba cerca de él el frú-frú de unas faldas. ¡Era su fatalidad!

El señor Calama ya había perdido su tino, que no era poco, con el clérigo: ya las tunas y gatuperios del doctor Albuja se contaban por las estrellas del cielo.

Llegó la cuaresma, y el santo sacerdote andaba de lo más divertido y el obispo cada vez más preocupado.

Grande fue la sorpresa de su Ilustrísima al ver entrar un buen día en su despacho, compungido y humillado, a su rompecabezas, el doctor Albuja que, sobre poco más menos, le dijo:

--- Ilustrísimo señor, perdone vuestra señoría que ose presentársele este pecador empedernido. Reconozco mis faltas, y estoy listo a repararlas. Soy indigno de todo perdón, pero la bondad de Dios es grande: él me llama, ilustrísimo señor: oigo su voz que clama, como amoroso pastor por la oveja descarriada. Vengo a vuestra señoría para que me ayude a salvar mi alma de las garras de Satanás. Ilustrísimo señor: quiero entrar a los ejercicios de San Ignacio que se dan en este tiempo en la santa casa de la Recolección de la Merced:

estoy seguro de que la gracia de Dios me ha tocado, y que saldré de esos ejercicios convertido…

El bueno del obispo, lleno de santo júbilo, dio crédito a las palabras del clérigo y le facilitó inmediatamente la entrada a El Tejar.

El doctor Albuja dio en aquellos ejercicios ejemplos de verdadero arrepentimiento: de sus ojos vertían tan abundantes lágrimas que se hubiera dicho que quería lavar en ellas su alma renegrida por el pecado; salió de El Tejar en las mejores disposiciones para llevar una vida ejemplar.

En efecto, así sucedió: el doctor Albuja fue un modelo de virtud.

Se paseaba un día el ilustrísimo Calama por la Loma Grande, rodeado de sus familiares y con el aparato que, entonces, gastaba todo obispo, cuando se le acercó un hombre.

--- Señor ilustrísimo ---le dijo---, allí está el doctor Albuja dando un escándalo. Es una lástima ver cómo los sacerdotes de Dios andan así perdidos en francachelas.

--- ¡Mientes, hermano! ---le interrumpió el obispo, indignado---. ¡Eso es imposible! El doctor Albuja lleva ahora una vida ejemplar. No lo puedo creer sin verlo.

--- Pues, si vuestra señoría quiere, vamos, que cerca está.

--- Vamos ---dijo el prelado y, siguiendo al denunciante, se dirigió con su séquito a la Mama Cuchara.

En una casita de la plazoleta se oía el rasgar de una guitarra que, de estar allí San Pascual, de seguro se ponía a bailar, aunque fuera en la corona del obispo.

Entró este y, parándose en la puerta de un aposento que daba al zaguán, vio al doctor Albuja que, pañuelo en mano, estaba bailando con una guapísima chola, una de esas “alza que te han visto”, que quitan el hipo.

La música, a la vista del obispo, paró en medio de un compás: el doctor Albuja se quedó inmóvil, en la postura en que el prelado le sorprendiera. Este, furioso, le increpaba:

--- ¡Doctor Albuja! ¡Esto es para nunca acabar! ¡Esto es la vida perdurable!

Y él, melancólico y cabizbajo, le contesta:

--- No, señor, esto es… ¡la resurrección de la carne…!

¡Era su fatalidad!

LA VIRGEN DE LA EMPANADA

Cristóbal de Gangotena y Jijón

Con sobra de razón podemos, como dijo un chispeante cronista quiteño, consideramos el pueblo más feliz de la tierra, pues hasta el cielo tuvo siempre con nosotros deferencias que otros pueblos no han logrado.

Y si esto es así en la friolera de los cien años que llevamos, apenas, de vida independiente. ¡Qué no diremos si pasamos la vista por el periodo colonial!

¡Esos sí que eran tiempos maravillosos! ¡Qué de apariciones, qué de prodigios, que de cosas estupendas! La virgen, los santos, las ánimas benditas eran tan familiares entonces en Quito que se los encontraba al voltear de una esquina, que se presentaban en una reunión agradable de familia, en fin, en cualquier parte. Evidentemente, en tiempos del rey, hasta los habitantes del otro mundo eran más sociales que en la época menguada que alcanzamos.

Y para probar, amigo, que Dios no abandona a los suyos, como lo hacían el rey y su Concejo de Indias con la mísera colonia ---alguien había de acordarse de nosotros---, voy a contarte la verídica historia que verás si no te aburre el recuerdo de cosas viejas.

Era oidor de la Audiencia de Quito en 1707 don Cristóbal de Cevallos, natural de la ciudad de la Plata, en el alto Perú. Señor más preocupado del misticismo que del despacho diario de la Real Cancillería.

En todas y en las más vulgares ocasiones de la vida, creía el buen togado ver manifestaciones de lo sobrenatural. Su divina majestad no tenía, en criterio del oidor, otra cosa que hacer que ocuparse de su persona: los santos de las láminas hablaban, las esculturas se animaban y los más vulgares trastos del hogar servían de peana a las apariciones que a diario le ocurrían.

Era el 15 de junio del año mencionado, fecha en que nuestra santa madre la Iglesia, celebra la fiesta de San Cristóbal, gigante y mártir que, por lo que cuenta su vida, debió ser de muchas fuerzas y de caletre escaso…

Nuestros abuelos sabían festejarse: en día de santo, nada de golosinas, de copita de vino bautizado al visitante; entonces todo era más sólido, más suculento. Así, el doctor Cevallos celebraba su día de días con un almuerzo de los que se pegan al riñón, de esos que dejan al individuo sumido en la placidez propia de un estómago agradecido.

Las diez de la mañana eran cuando se sentaron ante amplia mesa el oidor y sus invitados: la rica vajilla de plata lucía su esplendidez, y en la silla se ofrecían los suculentos majares, de aspecto más eficaz que el mejor de los modernos aperitivos con que ahora solemos intoxicarnos. Tras el sabroso puchero indispensable, tras el arroz a la valenciana, tras las diversas carnes adobadas con primor, circulaban ampliamente las copas de los generosos vinos de España, y la alegría, el donaire de los huéspedes crecían con las libaciones.

--- ¡Bonum vinum laetificat cor hominis, señor don Cristóbal! ---exclamaba uno de los comensales, gordo prior de un convento.

--- ¡En verdad que no lo bebí mejor en mi vida! ---decía un regidor del Cabildo.

--- A vuestra salud, y que sea por muchos años ---apuntaba un pretendiente.

En esto vinieron las empanadas, tan famosas siempre en Quito, potaje suculento que hoy, para verlo en el plato, hemos de calzar lente, pero que, en la época a que me refiero, alcanzaba proporciones homéricas.

Al verlas venir, un profesor de San Luis, que se las daba de eruditos, citó la “Cita Jocosa” de Bartolomé de Alcázar:

¡Qué oronda y qué bella!

¡Qué través y enjundia tiene!

Me parece, Inés, que viene

Para que demos en ella

En aquel tiempo, las empanadas de morocho, por ser tan grandes, no servían en plato, sino en una hoja de papel redonda, asentada en una torta de pan.

Unos tienen el vino alegre, otros lo tienen triste; a cada uno le da por su tema, ya es sabido.

El doctor Cevallos se aprestaba a meterse entre pecho y espalda la reverenda empanada que tenía delante cuando, al llevársela a la boca, la dejó de pronto caer lleno de asombro.

--- ¡Madre mía! ¡Virgen santísima! ---decía, fijos los ojos en el papel sobre el que había reposado la empanada---. ¡Milagro, señores, milagro, portento!

Y, cogiendo religiosamente la hoja de papel en que la empanada había dejado la mancha de la manteca en que había sido frita, dijo:

--- ¿No veis ---decía--- la imagen de la madre de Dios?

Todos los comensales se precipitaron, las sillas de vaqueta hacían estruendo al voltearse, los invitados se apiñaban alrededor del magistrado, y todos reconocieron en el papel grasiento la imagen de la Reina del Cielo.

--- ¡Milagro! ---gritaron todos al unísono

Unos cayeron de rodillas, otros dieron voces que se oyeron desde la calle, y la multitud, al ruido, invadió la casa del oidor que, tembloroso, emocionado, subido en una silla, exhibió en alto el papel manchado de manteca, en el que todos vieron ya “La Virgen de la Empanada”.

Los frailes que habían asistido al interrumpido almuerzo se adueñaron del papel mantecoso, la procesión se ordenó y la milagrosa imagen fue transportada al oratorio de la casa para exponerla en medio de luces y flores, a la veneración de los fieles.

El ruido del milagro con que había sido favorecido el doctor Cevallos se esparció como un reguero de pólvora por la feliz ciudad de Quito, y no hubo quien dejara de ir a admirar el portentoso: la casa del oidor estuvo más concurrida que la iglesia en día de Jubileo.

El obispo don Diego Ladrón de Guevara fue informado del Prodigio, pero, hombre de mayor seso que el doctor Cevallos, se guardo bien de pronunciarse a favor de la ridícula manía del magistrado. Y cuando hubo adquirido la convicción de que don Cristóbal había dado rienda suelta a su tema de lo sobrenatural, trató por todos los medios de cortar el escándalo, mas no fue el remedio aplicado tan pronto que no tomara la superstición grandes proporciones.

Entre las exhortaciones del obispo y las citaciones del comisario del Santo Oficio, se pasaron tres días, que fueron otros tantos de fiestas celebradas en honor de Nuestra Señora de la Empanada, con misas solemnes y sermones en honor de la milagrosa aparición.

Por fin, el comisario del Santo Oficio, en nombre del terrible de la fe, obtuvo la entrega del papelito… y el señor Ladrón de Guevara, verdadero iconoclasta, con escándalo público, quemó a Nuestra Señora de la Empanada, y nos quitó, así, una gloria nacional, privando a tortillerías, tamaleras, buñoleras, etc., de la patrona que netamente les correspondía. Es fama que, desde esta profanación, se han vuelto incomibles las empanadas de morocho.